

El pequeño arquitecto del universo



Jonuel Brigue

El pequeño arquitecto del universo

Jonuel Brigue

República Bolivariana de Venezuela

Fundación Editorial



elperroylarana



La Castalia

El pequeño arquitecto del universo

© Jonuel Brigue

Primera edición, Alfadil, 1991

Segunda edición, Puerta del Sol, 2005

© Fundación Editorial El perro y la rana, 2017 (digital)

© Fundación Editorial El perro y la rana, 2010

© Centro Editorial La Castalia, 2010

Fundación Editorial El perro y la rana, 2010

Centro Simón Bolívar

Torre Norte, piso 21, El Silencio

Caracas - Venezuela, 1010 / Teléfonos: (0212) 7688300 / 7688399

Correos electrónicos

comunicacionesperroyrana@gmail.com / atencionalescritorfepr@gmail.com

Páginas Web

www.elperroylarana.gob.ve / www.mincultura.gob.ve

Redes sociales

Facebook: Fundación Editorial Escuela el perro y la rana / Twitter: @perroyranalibro

Centro Editorial la Castalia

Mérida-Venezuela / lacastalia@gmail.com

Imagen de portada

William Blake. Detalle. Frontispicio para "Europa", 1794. Fitzwilliam Museum, Cambridge

Edición al cuidado de:

José Gregorio Vásquez C.

Centro Editorial La Castalia C. A.

Hecho el depósito de ley

Depósito Legal: DC2017002600

ISBN: 978-980-14-3997-4

Nota editorial

Fundación Editorial El perro y la rana

Esta alianza entre la Fundación Editorial El perro y la rana y el Centro Editorial La Castalia, refleja el reconocimiento del Gobierno Bolivariano a la ardua y paciente labor que vienen desarrollando por muchos años las diversas editoriales alternativas de nuestro país y el respeto por las luchas legítimas de los quijotes que dirigen estos colectivos, por dar a conocer la creación de tantos autores locales, nacionales y universales. Aquí se manifiesta la firme voluntad del Gobierno nacional, a través del Ministerio del Poder Popular para la Cultura, por continuar la tarea democratizadora del libro y la lectura mediante una política clara: descentralización y masificación de los bienes culturales. La reedición de estos títulos que hoy llegan al pueblo venezolano, evidencia una acción concreta de inclusión y dignificación. Su selección obedece a criterios claros de calidad y pertinencia, son libros cargados de creatividad, inteligencia, sensibilidad, valor patrimonial y conciencia histórica; reflejo de la Patria Grande que escribe su historia.

PRÓLOGO

El autor del manuscrito tenía un pequeño taller de encuadernación ubicado entre la Facultad de Humanidades y la Facultad de Ciencias. Fotocopiaba y encuadernaba trabajos de licenciatura, trabajos de ascenso y tesis doctorales. También fotocopiaba y encuadernaba libros que los estudiantes pedían prestados para ese fin.

Su trabajo era excelente y relativamente barato, pero lento, porque no encuadernaba ningún texto sin haberlo leído antes con el pretexto de corregir faltas involuntarias de ortografía y *lapsus machinae*.

Se sabe además que era asiduo usuario de las bibliotecas públicas. ¿Autodidacta? ¿Lector apasionado? Alguien me dijo que había estudiado arquitectura durante algunos semestres y se había retirado voluntaria y definitivamente para montar ese taller.

Cuando lo conocí, creí que era tuerto porque tenía un ojo muy brillante y el otro opaco y apagado; pero, según supe después, se trataba de una deficiencia congénita que en nada afectaba su visión. Era de una aldea del llano y había

abandonado su casa a temprana edad para valerse por sí mismo en los Andes.

Sabía servir sin ser vil ni servil.

Conmigo fue siempre cumplido, cortés y respetuoso. Cuando me pidió que escribiera el prólogo de un libro suyo, quedé tan sorprendido que acepté imprudentemente. Al leerlo noté la falta de preparación académica sistemática, las ventajas y desventajas del diletante, los altos ecos de variadas lecturas. Escribía cálamo corriente, de manera un tanto irresponsable; pero sentí un ardor, una autenticidad de la búsqueda, un deseo de invertir lo vivido en escritura. Por otra parte me impresionó que no hiciera ninguna referencia a los importantes acontecimientos políticos y económicos que capturaban la atención de todos nosotros en esos días.

Me disgustaron los ribetes obscenos, casi pornográficos, del texto y una cierta falta de pudor generalizada, así como lo que podríamos llamar incapacidad para amar.

Lo fui a buscar para proponerle la supresión de ciertos pasajes y para recomendarle la lectura de Hegel en vistas a una reconsideración de las ideas fundamentales; me encontré con la novedad de que había muerto. Una amiga suya, tal vez la misma que aparece mencionada en el manuscrito, remató todas las cosas del taller para pagar el entierro y quedó debiendo.

Ese incidente me hizo repensar todo el texto y ahora no sé qué decir. Tenía tres títulos. El primero «De natura deorum» lo taché considerando que ya en Cicerón era pedante; el segundo «Un dios mostrenco» lo taché también considerando que ese calificativo es contradictorio con

cualquier idea respetable de la divinidad. Dejé el tercero, «Pequeño arquitecto del universo», porque me pareció más adecuado a su fallido intento de construir en el mundo un universo de ideas, un cosmos de comprensión capaz de albergarlo a él que vivía su condición humana como desolada intemperie.

*Mérida, 1989, en los últimos maitines
de la Semana Santa*

UNO

He decidido ser sincero. Decir la verdad. No puede un hombre hacer nada importante –auténtico– si está inhibido por consideraciones y respetos. El temor de herir, el deseo de agradar.

Me había gobernado hasta ahora el intento mimético de pasar inadvertido para no sufrir sin necesidad la hostilidad de los otros. Soy diferente y los muchos desconfían del que diside, esto lo sé bien. Además, cuando no lo asiste ningún poder superior tienden a excluirlo por el rechazo, a aniquilarlo por el desprecio y la burla, a suprimirlo por la agresión abierta. Yo quería evitar el conflicto; escogí la comodidad.

Pero me animaba también una delicada consideración hacia los demás: no inquietarlos, no escandalizarlos. Aunque en el fondo quizás era pereza: no verme obligado a remediar la consiguiente desazón con explicaciones, obediendo la ley aquella del oráculo «el que hirió curará».

Otra motivación rivalizaba con las anteriores: el pudor, en mí siempre más fuerte que el deseo de exhibirme.

Cada vez que exteriorizaba mis pensamientos y sentimientos me sentía obsceno y me avergonzaba.

Voluntariamente me dejaba contagiar por el estado de ánimo de los más cercanos en cada ocasión. El último en hablar tenía siempre razón. Cuando había discusiones y disputas yo me mostraba perplejo y confundido y esperaba el resultado, o me retiraba prudentemente para que no me obligaran a tomar partido. Si alguien me preguntaba algo, yo procuraba averiguar o adivinar lo que a él le gustaría oír, y si no lo lograba respondía en forma ambigua o declaraba que la cuestión era muy complicada y difícil, fingiendo a veces una necesidad urgente de orientación y guía. Me comportaba así en política, religión, arte, vida social, deportes, en la escogencia de trabajo, ropa y arreglo personal, medios de transporte, muebles, distracciones, comida y bebida.

Pero un acontecimiento inesperado me produjo cambios importantes de actitud. En ocasión de examen médico para certificado de salud se reveló enfermedad incurable. Tengo los días contados.

Me conmovió devastadoramente ese descubrimiento, no lo niego; pero no me sorprendió mucho, excepto en la precisión del lapso. Siempre supe obscuramente que iba a morir algún día, pero vivía como si fuera inmortal, por lo menos en el nivel superficial y falso de la consciencia.

En el fondo sabía de la muerte no sólo como fin en el futuro, sino también como presencia actual en la entraña de la vida; no en vano había visto, sentido y comprendido al sol azteca que tiene una calavera en el centro. Pero en la cotidianidad trasladé lo fundamental radical hacia lo temporal, puse la muerte en el futuro, consideré la vida como

una cantidad disponible para gastarla mientras durara y me consideré a mí mismo como un usuario y consumidor de vida sin preguntarme quién era ese supuesto yo que así gastaba y malgastaba; sin preguntarme tampoco si esa analogía era adecuada ¿cómo podía preguntármelo? Ésta había surgido espontáneamente y yo la había recibido junto con el lenguaje sin someterla a examen.

Viendo la cosa en términos de tiempo, mis días siempre han estado contados, sólo que yo no sabía la cuenta ni me importaba, como no la sé ahora con seguridad: los médicos suelen equivocarse; pero el desahucio me ha devuelto la claridad. Comienzo a vivir conscientemente bajo el ojo yerto y crudo de la muerte. Me alumbra con un temor angustioso, único en su especie, que vuelve inofensivos los otros miedos, quita sentido a todo escondite, desprecia la posibilidad de molestar y desbarata toda imaginable comodidad. Así alumbrado, me parecen ahora el aislamiento error y la separación pecado.

Abandono el intento de pasar inadvertido, al menos por escrito, aunque tal vez lo logre involuntariamente si nadie pone atención a lo que escribo.

Veo que el hombre es en gran medida comunicación, palabra. Para él, ser es decir. No totalmente, porque lo vivido es, de alguna manera, extraverbal; pero pide palabra y sufre si ha de permanecer inexpressado, en lo inefable.

Veo que para ser hombre en plenitud, para morir como hombre completo, para haber sido debo convertirme en palabra. Contar para existir. Ser es ser dicho.

Lengua madre, señora de la mentira y del error, si me ayudaste a vivir en la hipocresía y el disimulo, si me enseñaste

a huir cobardemente de la crueldad de los otros, si encubriste mis púdicas entrañas de la mirada hostil, escúchame ahora.

Lengua madre, señora de la profecía y de la ciencia, tú que arropas con ternura las revelaciones de los místicos y de los soñadores y gobiernas con mano firme los discursos del pensador, tú que incendias la boca de los oradores sagrados y de los jefes de guerreros, si de noche a solas y en secreto, a pesar de mi insignificancia y pequeñez, sufriste que yo recorriera con lujuria las redondeces turgentes de tu carne y que buscara tus depresiones mórbidas, el juego de tus articulaciones, la vibración de tus arterias y tus nervios, si toleraste que yo hundiera lascivo mi cabeza en tu vientre y me respondiste con ardor, si fuiste conmigo a repasar el tortuoso devenir de los pueblos, el dédalo de los pensamientos, el piélago incesantemente agitado de las emociones, si me llevaste en vuelo hacia el enigma de los astros y si yo cada día atendí tu santuario y te sacrificué miembros calientes, corazón candoroso, concédeme este deseo: que mi verdad se vuelva verbo, madre.

DOS

Mi falsedad comenzó muy temprano. Hasta donde pude recordar, vivir era para mí aprender comportamientos impuestos desde afuera. La incitación, el castigo y el premio me llevaban a hacer los actos esperados, a decir las palabras correctas. Se trataba siempre de adoptar costumbres, maneras, pensamientos, emociones. Lo que había en mí era algo indefinido y confuso que debía cobrar forma en los moldes impuestos.

Creo que todos los hombres son criados y educados de modo semejante, con variantes claro está según los pueblos y las épocas. Sé que algunos son rebeldes. Yo fui dócil; pero me diferencio de los otros en que ellos parecen identificarse con los comportamientos aprendidos, mientras que yo mantenía todo el tiempo, dentro de mi sumisión, una distancia, una extrañeza. Mi sentir no acompañaba a mis gestos.

En la adolescencia, cuando fue necesario escoger entre papeles diferentes, yo seguía a los más impetuosos, me ponía siempre en segundo lugar por lo más, de preferencia

en el último. Las pocas veces en que se me ocurrió intentar iniciativas propias, resultaron absurdas o punibles; pero yo las intenté sin convicción, no ponía en ellas mi corazón porque en él no había sino asombro ante ese juego.

Nunca tuve problemas de adaptación ni de aprendizaje. Pasé todas las pruebas de la escuela y de la vida con resultados aceptables. Tal vez el desapego me ayudaba a lograr la eficiencia histriónica. Aprendí a fingir hasta el entusiasmo, yo que nunca sentí una inclinación poderosa hacia nadie y hacia nada en el mundo social que me circundaba.

Mis familiares y amigos me elogiaban y en alguna ocasión fui señalado como modelo de buen muchacho. Pero no era virtud ni cariño lo que me animaba, sino algo parecido a la cortesía y al deseo de tranquilidad. Perdón, familiares. Perdón, amigos. Sólo puedo decir en mi descargo que no abrigaba intenciones aviesas ni de ningún otro tipo, apenas una serena confusión indefinida que rehuía los conflictos.

He oído hablar con frecuencia de represión y del malestar por ella producido. Yo no me sentí reprimido en ningún momento. No había nada que reprimir. No había resistencia sino extrañeza en mí. El juego social me era ajeno, no represivo; y no lo rechazaba ni lo despreciaba; comprendía que sin él no habría sociedad y que hay que vivir de alguna manera.

Sin embargo, con el tiempo me fui inclinando cada vez más hacia la soledad. El trato con los demás era un trabajo enajenado y me resultaba pesado, fatigoso, aburrido. Perdón, vida social organizada; sé que te debo agradecimiento y respeto.

En la soledad tenía un compañero del cual no podía separarme: mi propio cuerpo, ese animal doméstico, con sus necesidades y funciones. Tenía que lavarlo, alimentarlo y facilitar sus excreciones; para algunas de éstas tenía que buscar pareja –perdón Manuela, que creías otra cosa y gracias.

Comencé a sentir el servicio a mi propio cuerpo como una esclavitud y lo prestaba con estoicismo, como un sirviente encargado de cuidar cerdos, pero poco a poco me resultó enojoso. No sólo los órganos y los ejercicios del coito se me volvieron repugnantes, también la masticación, la deglución me fueron asquerosas. Esos pedazos heterogéneos de comida introducidos en la boca con instrumento metálico, triturados por las muelas con ayuda de la lengua, bien insalivados y luego deglutidos para pudrirse o fermentarse junto con líquidos varios ingurgitados por mí o secretados internamente, siguiendo por blando conducto enmarañado y produciendo ruidos abdominales como chillidos de ratones y gases de doble salida. Y pensar que el que besa en la boca succiona ese tubo por uno de sus extremos.

Repugnantes eran también las lagañas, el poliósmico sudor, el sarro, la pecueca, la seborrea, el excremento de variada fetidez, el esmegma, la propulsante orina, los mocos, la cera ótica, el amor de las uñas. Y había que lavar con frecuencia y atender con diligencia al animal doméstico; de lo contrario sobrevenían males mayores: oftalmía, rinitis, otitis, piedra, afta, piojos, sarpullidos, pulgas, chinches, lardillas, niguas, padrastrós, gavilanes, sabañones, proctalgia, balanitis, orquitis, indigestión, cólicos, diarrea y la babosa acidez del vómito capaz de restaurar la náusea.

En las reuniones sociales yo observaba cuando alguien se rascaba discretamente la axila o la entrepierna y si una muchacha iba al baño, yo imaginaba con asco el ano difícil de limpiar en serio y las minúsculas gotas de orina que quedaban en los pelos de los labios mayores después de la micción y el papel higiénico que las confundía y distribuía regularmente por todo el ámbito de la vulva.

Sospecho que muchos otros tenían pensamientos y sentimientos como los míos. Algunos idealizaban la infancia y cultivaban tiernos recuerdos; fabricaban, creo, un espacio artificial de refugio; yo no tengo recuerdos de tan sucia edad, en todo caso no los mantengo. Otros se entregaban periódicamente a la embriaguez; nunca fui tan co-barde que recurriera a esa forma de escape, ni tan iluso que le atribuyera efectos místicos. Perdón camaradas.

Desde que comenzó a desarrollármese ese asco al cuerpo —que no alteró en lo más mínimo mi conducta gentil y aceptable— me puse a estudiar la organización social y el devenir de los hombres en otras épocas y en otras latitudes, buscando quizás, si no escapar, por lo menos conocer maneras de vivir adecuadas a mi desapego por las personas y las cosas; pero no encontré ningún momento, ningún lugar, ningún entorno cultural, ninguna situación cuyo encanto me cautivara y me hiciera querer participar de todo corazón.

Desplacé mi búsqueda hacia la utopía y la ficción; pero los ejercicios más audaces de la imaginación no producían sino modificaciones diferentes del mismo drama. Siempre estaría yo allí, dentro de un mundo, aprendiendo a comportarme, haciendo lo correcto según las circunstancias,

fingiendo familiaridad desde una imponteable extranjería, desde una irreligable extrañez. Venir a participar, a hacer, parece ser el destino de los demás hombres, por lo menos de los que me quedan cerca. Yo en cambio parecía haber nacido para ver, sin identificarme con nada.

Además, la razón justificaba y reforzaba mi desamor irracional: el signo de la ambigüedad y de la confusión sobre todo acto humano, la fugacidad de todo esplendor, la discontinuidad de todo esfuerzo. Por otra parte, era evidente la enemistad de la naturaleza contra las creaciones de los hombres; sin un incesante trabajo de mantenimiento todo se destruye, la hierba sobrevive a los palacios, el viento se bebe los poemas, tartamudea la memoria de los hechos gloriosos, los bachacos fabrican sus nidos en las ruinas de los pritaneos. Cadente, frágil y precaria toda obra humana: no se ha comenzado a hacer, cuando ya se deshizo.

Con ingentes esfuerzos se conserva la tradición. Se pasa un tesoro de una generación a otra. El que lo pasa lo disfruta en parte, lo extiende en parte. Cada generación lo pasa a la siguiente. ¿A quién va destinado si cada generación siente que sólo lo transmite por menguante salario? ¿Por qué nadie se asombra de repetir lo que hacen los demás, generación tras generación? Los jóvenes se aprestan sin asombro a repetir los actos de los viejos.

Perdón, padre y madre. Perdón, maestros. Perdón, cultura. Perdón, sagrada cadena de Hermes.

Me volví hacia la naturaleza. Recuerdo bien el día en que di esta vuelta conscientemente. Era en mi balcón, caía la tarde. El sol de los venados transfiguraba las montañas. A poca altura sobre un terreno baldío, docenas de golondrinas

volaban, caprichosamente trazando a porfía, contra el brillo de fondo, un negro laberinto móvil. El curso y recurso del vuelo, alterado por súbitos desvíos y trayectorias erráticas, entretejiéndose, parecía querer escribir un mensaje enrevesado y gratuito dirigido a nadie; pero los pedazos de alas de mariposa, las antenas y ojos cercenados, las mínimas escamas brillantes que llovían sobre el balcón dijeron eloquentes de qué se trataba.

Contra las golosas golondrinas en particular nada tengo. Cada especie vive y es víctima, del robo y la matanza, por necesidad. La vida es un gran festín sangriento. Garras y colmillos las raíces de las plantas, chupón último la hoja. Desde mi mesa, redonda como un ombligo, un cordón vampírico de sucesivos despojos ininterrumpidos llega hasta el sol y en mí festejan el horror de vivir microorganismos innumerables.

El más bello y apacible paisaje es un campo de batalla inmisericorde donde la voracidad asesina alterna sólo con el coito. Hambre y amor arengan con látigo incansable. Conato de preservarse. Tesoro de guerra y lujuria transmitido en el tartamudeo de las generaciones. ¿Para qué? Comer, amar, repetirse para comer, amar, repetirse.

A veces siento que estoy atrapado en las entrañas de un monstruo al cual pertenece mi cuerpo, un monstruo flagrante y obsceno que sólo tiene dos funciones: digestión y reproducción, un monstruo que roba luz del sol y sobrevive devorándose y amándose a sí mismo en el ardor inmundo de existir, y me da asco.

No dejé de observar lo imperfecto, lo roto, lo echado a perder, de todas las cosas. Me bastaba acercarme un poco

para ver troncos retorcidos, pétalos deformes, nervaduras quebradas, frutos tísicos; animales chucutos, tuertos, chuecos, choretos, mostrencos, desmedrados, con enfermedades de nacimiento.

Asombroso el torpe despilfarro de la generación: por cada espermatozoide que fecunda, millones fracasan; por cada semilla que germina, millones se pudren.

La naturaleza: la chingada, la rajada, la guayaba de gusanos congénitos. Toda rosa está enferma, todo pájaro sangra, toda piedra es pedazo. Por doquier señales de sismo, de demolición, de cataclismo, escombros, ruinas, como si entre catástrofes previas y catástrofes inminentes se situara este ciego y desgarrado intermedio.

Los que han mirado más allá de la atmósfera terrestre hablan de big bang, muerte entrópica, agujeros negros, enanas blancas, novas, canibalismo galáctico. Los que han explorado en parte y conjeturado en parte el ámbito de las partículas elementales hablan de discontinuidad, de indeterminación. El mundo: gran animal solitario, laberinto destartado, cuerpo infirme de minotauro enfermo. La ciencia: ímprobo trabajo masorético sobre la escritura enrevesada del mundo.

Traté de oír el habla de las cosas. En una primera aproximación sólo pude escuchar su gárrulo parloteo a media lengua, como si la muda materia, penetrada por el verbo, estuviera aprendiendo a hablar con dificultad y apenas alcanzara un balbuceo ininteligible. Pero después creí entender que la charlatanería de la materia escondía un lamento angustioso, presente en los entes todos, y una vergüenza de ser.

Las cosas tienen además —así lo percibía con insistencia— el carácter de lo artificial y teatral. El mundo un escenario. A veces me parecía ver cosas desertoras que abandonaban su sitio en el decorado y que volvían a él rápidamente cuando yo me daba cuenta de su descuido, pereza, manguareo; así no vería yo el decorado como tal.

A veces me parece que un paisaje se va a romper como papel pintado o que la cara de una amiga se va a rasgar, y me horroriza lo que habrá detrás, acaso algo indeciblemente monstruoso, o tal vez la nada y el silencio. Entonces un escalofrío me sacude las carnes ¿también de papel? y tiemblo cual hoja en la tormenta.

Ante estos hechos me sobrecoge una sensación molesta y aflictiva dispersa por lo general en todo el cuerpo, pero a veces concentrada en la boca del estómago como náusea, o en el perineo y la parte posterior de los muslos como horror de mutilación; o en la nuca con el escalofrío que estremece los hombros y la cabeza de quien está acabando de orinar a la intemperie en una noche fría.

Mi falsedad comenzó muy temprano o siempre estuvo ahí, porque algo originariamente indefinido se condensaba, se estructuraba y se cristalizaba en los otros, mientras que en mí se mantenía disuelto y sólo en la superficie exterior se endurecía a manera de costra constituyendo esa mi consciencia ordinaria signada por el hábito, la rutina y la prudencia.

Si bien en un principio las personas y las cosas me eran indiferentes desde mi separación y distancia, su presencia sin embargo al pasar el tiempo comenzó a producirme ese asco y esa grima del cuerpo que revelaban en el fondo de

mi alma inquietud inaquietable, desazón, molestia, pesadumbre, como si una congoja oculta, desconocida por mí mismo, me embargara.

De manera absurda comencé a ver en mi consciencia ordinaria la forma reducida, disminuida, parcial, fragmentaria de una consciencia plena originaria, reventada por una catástrofe olvidada que me dejó aquí derrelicto, invadido de helado pavor, transido de tiniebla.

TRES

Con frecuencia se apoderaba de mí una intensa sensación de exilio. Me sentía extranjero en el mundo en general y en mi propio cuerpo en particular como parte del mundo. Mi cuerpo, una prisión que me obligaba a estar en el mundo, una tumba donde yo estaba enterrado vivo. Los sentidos, ventanas de cárcel.

Era como si yo hubiera caído de una posición superior legítima ocupada por mí anteriormente, como si hubiera caído en desgracia y venido a menos al nacer. Me sentía en la situación de quien ha perdido un gran tesoro.

La sensación de exilio estaba acompañada de nostalgia. Así surgió en mí la concepción de otro mundo, radiante y perfecto, limpio, en armonía entrañable conmigo. Era sin duda por contraste con él que este mundo me resultaba tan radicalmente extraño.

Conocí personas que a primera vista, trato y comunicación avivaban en mí la presencia posible del mundo perdido y me parecía que en ellas o a través de ellas lo encontraría de nuevo. Pero al conocerlas mejor me decepcionaban

y me producían, sin saberlo ellas y sin culpa, el dolor de la promesa incumplida. A veces sentía rencor pensando injustamente que me habían engañado y burlado ofreciéndome algo de inmenso valor para luego negármelo.

Lo mismo podía pasarme con el color de una tapia, las vetas de una tabla, la imagen de una ciudad lejana, el vuelo errático de las mariposas, los olores de la noche, el sabor del azafrán, del alcanfor y del sándalo. Eran calles ciegas hacia el otro mundo. Yo les pedía sin derecho lo que no podían darme. Pero algo ardía en ellas y hacía brillar en mí la nostalgia, una especie imprecisa de recuerdo, el dolor del retorno deseado.

Lo buscado parecía erigirse temblorosamente durante breves instantes en la presencia de esas cosas, pero se esfumaba antes de cobrar formas precisas y yo me quedaba allí saboreando ese desencanto ambiguo todavía contaminado de esperanza.

Yo las buscaba de nuevo y trataba por todos los medios de estabilizar la incohada comunicación, pero el poder evocatorio más bien disminuía al insistir. Una vez, mientras miraba los ojos de Manuela, tan inescrutables y engañosos como la tiniebla y el placer, comprendí que era inútil intentar obtener de las cosas de este mundo un pasaje hacia el otro, habiendo fracasado el candor, la violencia, la astucia y la tenacidad; aprendí que sólo en mí mismo podía estar el camino, pues era en mi pecho donde se agitaba la nostalgia; me desprendí de personas y objetos que pudieran cautivar me con falsas promesas; emprendí la búsqueda en mi interioridad asiéndome delicadamente de los hilos dispersos y endeble del recuerdo, porque, sin lugar a dudas, sólo la persistencia en la memoria

de un estado anterior al nacimiento podía explicar el hecho de sentir ajeno todo lo conocido en esta vida; me sorprendí y re-
prendí por no haber advertido antes con claridad la prenda de
mi origen y me propuse no cejar en mi empeño de recuperar
por lo menos la imagen de lo perdido prendiendo una luz de
consciencia capaz de desafiar al olvido.

Y en efecto, allí estaba el recuerdo, enorme y poderoso,
tan grande como yo mismo; tal vez yo mismo no era
otra cosa que recuerdo. Hasta entonces había mirado todo
desde él, por eso no lo veía: a partir de entonces volví la
mirada hacia él, oblicuamente a veces como quien se vol-
tea hacia atrás dentro de sí mismo, dividiéndose; a veces
retrocediendo en mi interior para convertirme en objeto de
observación y sujeto observador.

Pero el recuerdo no me entregó ninguna forma. Era
vacío de imágenes. Era comparable al montón de ceniza
que queda cuando una hoguera se ha consumido comple-
tamente y se ha extinguido. Así como en semejante montón
de ceniza no es posible discernir qué leños, qué hojarasca,
qué objetos naturales o artificiales fueron incinerados; así
era también imposible discernir en mi recuerdo las estruc-
turas del mundo desaparecido. Peor aún, pues mediante el
análisis químico de la ceniza puede averiguarse mucho so-
bre la naturaleza de los materiales quemados, mientras que
mi recuerdo era homogénea destrucción, llaga unánime.
La comparación servía para describir, no para comprender.

¿Cómo era posible que un recuerdo poderoso –tan
poderoso como para gobernar toda mi experiencia– fuera
vacío, no contuviera ni siquiera fragmentos de imágenes,
ideas, palabras?

Como no pude obtener ningún contenido, traté de averiguar algo mediante la consideración de relaciones y comencé a lucubrar.

El recuerdo ceniza era acaso testimonio de un fuego que ardió en mi infancia, más allá de la memoria, y consumió irreversiblemente algo muy importante ahora irrecuperable, de tal manera que no soy sino el despojo mezquino de una gloria difunta.

El recuerdo vacío era quizás la señal de otro nivel de ser, presente ahora en plenitud, pero separado de mí, inaccesible debido a algún accidente o pecado, de tal manera que vivo al lado de mi gloria sin poder ni siquiera tocarla.

O tal vez será esta llaga unánime y caliente la inquietud de una semilla –yo albergador de una semilla, tierra para una semilla– en inminente proceso de germinación, de tal manera que lo visto como recuerdo es vislumbre esplendorosa de un mundo nuevo glorioso, que ha de brotar en éste destruyéndolo.

O estas tres posibilidades que lucubro por separado, podrían ser, ¿quién sabe?, tres momentos de un proceso único, circular: separación, distanciamiento, reunificación, de tal manera que me pierdo en los engañosos éxtasis del tiempo mezclando añoranza, ausencia y deseo en mi crátera amarga.

Pero tales lucubraciones, aún subdividiéndose, ampliándose, combinándose, explorando minuciosamente las alternativas, no me conducían a nada seguro. Conservaban siempre ese temple de interrogación y perplejidad que caracteriza al pensamiento especulativo cuando no está sostenido por una convicción poderosa.

Mientras tanto yo iba de mi soledad a mis asuntos con indiferencia cortés y servicial, y volvía de mis asuntos a mi soledad con indiferencia cómoda y reposada. Indiferencia sólo turbada o bien por la grima y el asco que me producían a menudo las cosas del mundo, mi cuerpo entre ellas, haciéndome dolorosamente consciente de mi exilio, o bien por la exaltación que ciertos objetos me inducían en ocasiones privilegiadas evocando el recuerdo vacío y enigmático de un mundo perdido.

CUATRO

Entonces me puse a imaginar. Un pensamiento nuevo me guiaba: si el anhelo de retorno alimentaba mi búsqueda, era necesario que en ese anhelo mismo estuviera lo buscado. Tenía que estar allí como carencia. El que busca, ya ha encontrado de alguna manera. Aunque mi anhelo no tuviera enfrente, allá a lo lejos, lo anhelado, era indudable que lo tenía en sí mismo, en su propia estructura de anhelo, pues se configuraba en torno a una ausencia. El sentimiento de ausencia es la forma vacía de lo ausente. Por lo tanto, si yo me ponía a imaginar mundos, tenía que dar con el mundo buscado. En cada caso el anhelo me iría diciendo, al declararse más entusiasmado o menos entusiasmado, si la imaginación se estaba acercando a la verdad o se estaba alejando de ella, como en el juego infantil de lo frío y lo caliente. Cuando yo llegara a la imagen adecuada, el anhelo se daría por satisfecho.

Puse mi esperanza en este ejercicio lúdico y comencé a ofrecer a mi anhelo utopías, cielos y paraísos tomados de la tradición. Así estrenaría mi imaginación para llevar el juego hasta sus últimos resultados.

A las utopías ya las había rechazado, pero volví a ellas como el perro vuelve a su vómito y por las mismas razones. Así como el perro encuentra en el vómito un alimento semi-digerido, así también yo, pensé, al reconsiderar las utopías con mayor detenimiento y detalle, encontraría tal vez, digiriéndolas mejor, alimento que llenara la forma de mi anhelo.

En la tradición había básicamente dos tipos de utopía: el que se representa un mundo perfecto como producto final de un proceso histórico gobernado por leyes, y el que se lo representa como logro de la creatividad y de la voluntad del hombre mediante un proyecto en el cual la libertad está informada o bien por valores innatos y bien por valores inventados. Había también formas mestizas.

Vi con claridad que ninguna utopía es otro mundo, sino este mismo; sólo que estabilizado para reducir al mínimo y si es posible suprimir lo doloroso, lo inquietante, lo imprevisible; se lo pensaba con uno sólo de los pares de opuestos, el positivo, –bello, limpio, feliz, justo, tranquilo– sin advertir lo absurdo de semejante concepción, pues los opuestos se construyen recíprocamente por contraste y complementación. Sin noche no hay día.

Por otra parte, si lo fundamental en la utopía era el orden social estable, seguro, confiable, permanente, entonces el mundo llegado a ella se convertiría en una cárcel más estricta de lo que ya es.

Le ofrecí al anhelo una por una todas las imágenes utópicas que encontré en la tradición y en cada caso el anhelo dijo frío, frío.

No quiera yo regresar a lo vomitado por segunda vez como indigerible. Mucho más me interesaron, en cambio,

los cielos porque se situaban en otra dimensión; eran mundos paralelos y no modificaciones deseadas de éste en el tiempo. Tal vez alguno de ellos respondería a mi anhelo aunque no fuera sino un cuadro de la imaginación. Sin embargo la tradición los consideraba reales y accesibles.

Las condiciones de acceso se limitaban al cumplimiento de un código moral, variable según las culturas, o a la práctica de ejercicios espirituales, o al consumo de sustancias psicotrópicas. Había también formas mestizas.

Las puertas de acceso eran invariablemente tres: la muerte, el trance o la embriaguez.

Los cielos que se alcanzaban mediante el cumplimiento del correspondiente código moral tenían sospechosamente la estructura de aspiraciones terrenales, postergadas y desplazadas a otra dimensión, de tal manera que muy bien podían ser mecanismos de pacificación, alivio y control social de la conducta en beneficio del orden establecido. Reconozco haber oído alguna vez la voz: Hombre, ave de paso en este mundo de prueba y dolor, sé fuerte, el tiempo de tu migración no ha llegado todavía; espera que sople el viento de la muerte; viajarás entonces a los países que tu corazón desea. Reconozco haber sentido la queja del justo: Prosperan las tiendas de los que hacen iniquidad mientras el bueno y noble camina descalzo a la intemperie perseguido por la miseria; elévanos a tu reino, Señor. Pero la entrega de los premios, el cumplimiento de las promesas, se sitúa en un lugar donde no es posible hacer reclamos. Y eso sin tomar en cuenta que lo ofrecido en las visiones celestiales, cuando se examina imparcialmente, no es apetecible para nadie si no se está dispuesto a sacrificar y amputar gran

parte de sí mismo tanto en esta vida como en ese póstumo cielo apto sólo para tuertos, mancos, cojos y castrados.

Muy frío, dijo el anhelo.

En cuanto a los cielos del trance, accesibles mediante ejercicios espirituales, quiero decir primero que, hasta donde pude comprenderlos por referencias literarias y por testimonios de camaradas místicos, se trataba siempre de estados de ánimo inefables, sublimes y placenteros de breve duración, con retorno doloroso a las formas ordinarias de consciencia y al entorno habitual. Quiero decir segundo que el lenguaje utilizado para intentar comunicarlos rebosaba siempre de imágenes eróticas, lo cual me sorprendía porque lo erótico para mí no era más que necesidad fisiológica y emocional socializada; en cuanto necesidad fisiológica pertenecía a los cuidados del cuerpo que terminaban en asco, y en cuanto necesidad emocional pertenecía al trabajo enajenado de relacionarse pacíficamente con los demás que terminaba en cansado aburrimiento. Sin embargo, después de echar a un lado la filatería de las histéricas exploré con detenimiento los poemas de los arrebatados por el éxtasis y me pareció que describían una sublimación perversa del enamoramiento y del orgasmo con gran valor lírico a veces, pero sin transcendencia. Quiero decir tercero que cuando yo mismo procuré internarme por ese camino para no dejar de lado ningún intento, el anhelo me detuvo con la palabra frigidísimo, recordándome así el objeto de mi búsqueda: la comunicación lúcida y firme con el mundo perdido; no estados de ánimo placenteros e inefables, consuelo de exiliados impotentes.

En cuanto a los cielos de la embriaguez cuya condición de acceso es el consumo de sustancias psicotrópicas, puede verse fácilmente que son los más baratos y como diseñados para la plebe intelectual, porque dependen de la posibilidad de comprar en el mercado alcoholes, alcaloides, daturas, amapolas, para estimularse en exceso y producirse alteraciones de la consciencia apoyadas en perturbaciones neurofisiológicas. Lo de baratos es por contraste con los que exigen largas disciplinas, abstenciones y ascesis; si es por precio pueden ponerse muy caros de acuerdo con las especulaciones comerciales y policiales. En todo caso, el ser baratos no los invalida si son auténticos, pero no me fue difícil comprender que pertenecen al cuidado del cuerpo, un cuidado perverso porque después de los sacudimientos iniciales, las exaltaciones de la imaginación y las modificaciones de la percepción, se convierten en dependencia multiplicando y complicando el trabajo ya tedioso de atender al cuerpo. Tal vez se fundamenta la búsqueda de esos cielos en un asco enmascarado del cuerpo y de la vida que, engañado por una ilusoria liberación, obtiene el triste resultado de verse cada vez más apegado y atado al cuerpo y a la vida. En cambio a mí el cuerpo y la vida me son indiferentes, excepto cuando me producen asco, grima o aburrimiento, pero entonces me doy cuenta de ellos y no intento falsas maniobras. Lo más cruel de esos cielos —esto lo sé bien— consiste en hacer creer a su usuario que por ellos se llega a comprender el sentido de la vida, se obtienen grandes revelaciones sobre el mundo o se alcanza la felicidad, como si no se tratara de una vulgar borrachera, trastorno transitorio de los sentidos y de las potencias ocasionalmente saludable.

El anhelo bostezó.

Quedaban los paraísos. Al no más comenzar a estudiarlos, el anhelo dijo tibio y se entusiasmó. De entrada descarté los paraísos que no son sino utopías y cielos proyectados hacia el pasado, utopías y cielos pesimistas, aptos para sostener el lamento de los débiles. Busqué lo específico del paraíso y vi en efecto que la idea de paraíso se construye sobre el sentimiento de haber sido separado del origen y sobre el deseo de recuperarlo. Paraíso es, en esencia, paraíso perdido y paraíso por recuperar. Se alimenta del dolor de ser como individuo, del dolor de haber nacido, del dolor de existir por separado.

Distinguí cuatro niveles de separación originaria y cuatro conatos de reunificación. En primer lugar, la separación que se produce en el parto cuando abandonamos el paraíso uterino y la deliciosa flotación en el líquido amniótico para comenzar a vivir en el mundo exterior donde el esfuerzo de supervivencia y la lucha son absolutamente indispensables. El conato de reunificación se manifiesta en la búsqueda de ocasiones y situaciones donde sea posible perderse y olvidarse en el deleite de la irresponsabilidad y la vagancia.

En segundo lugar, la separación que se hace patente cuando nos descubrimos diferentes de los otros, poseedores de una intimidad personal incommunicable que genera soledad y que la genera inexorablemente porque en torno a cada uno las personas y las cosas se articulan en constelación singular e irreplicable, de tal manera que la máxima compenetración con los demás deja siempre un resto aislado, transido de orgullo y de dolor, como si la existencia

individual hubiera sido producida por el golpe brutal de una espada sobrehumana, que redujo a fragmentos, lo que originariamente era una sola persona, partiéndola en sexos, razas, lenguas, pueblos, culturas. A pesar de que nos afirmamos satánicamente en la separación y la diferencia, a pesar de la agresión y la rivalidad, a pesar de la ambición de grandeza y la voluntad de poder, el conato de reunificación se expresa como instinto gregario, como amor de pareja, de familia, de secta, de nación, de humanidad, como éxtasis de fiesta colectiva, de culto orgiástico, de carnaval, como esperanza tenaz de apocatástasis.

En tercer lugar, la separación tantálica entre la naturaleza terrestre y nosotros. Aprehendemos las plantas, los animales, los metales, los paisajes mediante actos de conocimiento y los manipulamos con trabajos dominantes de la voluntad orientados por la necesidad y el deseo, pero hemos de reconocer que permanecen extraños y ajenos a nosotros. Sentimos, sospechamos obscuramente un parentesco y el conato de reunificación lleva a muchos amantes de la naturaleza a reiterados embelesos sentimentales y bobalicones, en el fondo y en la forma, que además de ser a menudo, inauténticos, no por eso dejan de atestiguar el intento de unirse con los prados y las bestias para cesar de ser otro.

En cuarto lugar, la más fría separación del mundo astronómico. Colocado entre la visión del cielo estrellado y la información de los sabios sobre el universo, el hombre oscila entre aceptar sobriamente su condición de extranjero en un cosmos indiferente o pretender franquear la distancia mediante el conocimiento científico, la astronáutica y la experiencia mística. A ninguna tradición es extraño el

conato de reunificación con la totalidad del mundo mediante una operación semejante a la caída de una gota de agua en el mar.

Poniendo pues de lado los paraísos así llamados impropia-mente, pues no son más que variantes de utopía y de cielo proyectadas hacia el pasado, resultaba claro que paraíso es el estado ámbito anterior a nuestra existencia individual, vientre de la madre, vientre de la sociedad humana, vientre de la naturaleza, vientre del universo. Resultaba claro también que regresar al paraíso significaba liberarse de la consciencia individual, de la existencia separada para desaparecer en una totalidad indiferenciada.

La idea de paraíso perdido daba cuenta de mi sentimiento de exilio, de mi recuerdo vacío, de mi urgente nostalgia indefinida. Se la ofrecí al anhelo y esperé sus ardores. ¡Quema! debió decir; pero para mi sorpresa y consternación se replegó desdeñosamente obligándome a considerar el asunto con mayor atención y más estricto rigor.

Después de mucho cavilar vi el error que me había acompañado todo el tiempo y que me había impedido comprender: yo había supuesto un mundo perdido.

Ahora veía claro: no era sólo este mundo lo que resultaba extraño, sino todo mundo posible. Mundo es alteridad. Yo soy distinto al mundo; y no por haberme diferenciado de él a partir de él, sino por una heterogeneidad radical. Mi sentimiento de exilio no surge por haber yo caído de un mundo a otro, no por haber pasado de una condición mundanal a otra; por tanto no puede resolverse con un desplazamiento dentro de un mundo o de un mundo a otro.

Además, la renuncia a la individualidad no me conduciría a ningún vientre mundanal de ningún género porque no me puedo disolver en lo que me es ajeno; sería cuando más un intento de suicidio y habría que ver si el suicidio es posible dada mi no pertenencia esencial al género mundo; pero aun cuando fuera posible no me atrae en lo más mínimo pues todo intento de suicidio es una forma de pereza mientras que yo soy tan diligente en lo que me interesa como tardo y lerdo en lo que no me interesa, y este asunto había llegado a interesarme sobremanera, más que cualquier otra cosa, Manuela, más que los laberintos de tu voluptuosidad veleidosa.

CINCO

Llegado a este punto, yo no había progresado mucho en mi búsqueda, me encontraba casi en la misma situación inicial, pero había despejado el panorama, había separado lo sutil de lo espeso con rigurosa aplicación.

Lo decisivo en mi asunto no es de orden temporal ni espacial ni circunstancial. Se trata de un quiebre de mi propia esencia entre mundo y no mundo, entre tiempo y no tiempo, entre existir y ser.

Si bien no había sido inmune a los encantos de utopía, cielo y paraíso, había terminado por descubrir que su interés fundamental era prestado por una analogía superficial. Mi anhelo central, mi único anhelo genuino e inexorable, no intentaba suprimir el dolor de separaciones intramundanas o intermundanas, ni romper encierros infernales para lograr estados de ánimo agradables o la inconsciencia definitiva; buscaba comprender, explicar y si posible resolver el hecho desnudo de estar ahí con otros, siempre en algún mundo y sus circunstancias, siempre inseguro como una llama al viento, siempre alienado en una alteridad imponteable.

Los sentimientos de exilio, nostalgia, caída y pérdida aparecían bajo una luz diferente que revelaba su naturaleza más profunda.

El anhelo era también anhelo de pureza. Existir es ser sucio, estar in-mundo. Así se explicaban la grima y el asco, el cansancio y el tedio, la misantropía y la misofisia.

Después de ese despeje mi ignorancia se hizo más docta, mi consciencia de no saber nada realmente importante se intensificó, mi perplejidad aumentó.

Más todavía, no solamente era yo diferente al mundo en general y a mi cuerpo en particular –por cuerpo entendía al cuerpo propiamente dicho con sus necesidades y deseos, pero también sus emociones, pensamientos, costumbres, relaciones con los demás, lo biológico aculturado y socializado, el cuerpo un animal social– sino que de entrada no los conocía. La crianza y la educación que me dieron mis padres y mis maestros consistía en que aprendiera a sobrevivir en ese mundo extraño, en ese cuerpo extraño, como quien aprende a conocer un territorio y a manejar un vehículo. Aún ahora, adulto ya con una profesión, la de encuadernador, para ganarme la vida, veo que mi conocimiento es limitadísimo; para cualquier alteración de la salud tengo que buscar médico; para comprender el cambio de los precios tengo que consultar economistas; para saber por qué mi país está en la situación en que está tengo que leer libros de historia y de sociología; para entenderme más a fondo sobre el clima y las estaciones tengo que estudiar meteorología y astronomía; para hacerme una idea de la naturaleza terrestre tengo que remitirme a la geología, a la biología y a la química; si me interesa el cielo estrellado me aguarda

la astrofísica. Y en todas esas disciplinas, hasta donde puede penetrarlas un encuadernador que asiste asiduamente a bibliotecas públicas, poniendo aparte un conjunto de conocimientos sólidamente establecidos, el cuadro general es hipotético, inseguro, tentativo, provisional. ¿Puede alguien poner en duda que el mundo es de entrada extraño y desconocido para el hombre?

En esa época comprendí el enorme y noble esfuerzo de las ciencias de la naturaleza y de las ciencias sociales. Comprendí con agradecimiento que yo era heredero de los resultados de muchos siglos de investigación y sentí un profundo respeto por los hombres dedicados a la ciencia.

Pero comprendí también que toda ciencia es mediada por los órganos e instrumentos de conocimiento y por los intereses de la vida del cuerpo sociedad, y que es construida por las operaciones del entendimiento a partir de observaciones necesariamente limitadas, de tal manera que persiste la extrañeza del mundo y tal vez –pudiera pensarse en el límite– tejemos la ciencia como una araña su tela, o la segregamos como una serpiente su veneno sólo que con mayor dificultad. El éxito tecnológico no es prueba y garantía de ciencia verdadera y definitiva porque las más dispares concepciones científicas permiten el diseño de tecnologías en alguna medida exitosas.

En ocasión de estas reflexiones sobre la ciencia y su infatigable tarea de comprender el mundo, hubo una idea que me entretuvo largas horas, la idea de progreso.

Por ese entonces, Manuela, tú sabías que yo pensaba intensamente en algo, pero no sabías en qué, ni exactamente cuándo. Por ejemplo, en el curso de los ejercicios

para atender el cuerpo, cuando yo me quedaba quieto, sin decir nada, mirando algún punto del techo, hundido en la tristitia post coitum, tú me preguntabas ¿en qué piensas? y yo no respondía. Debo ser franco contigo, Manuela, a la luz de la muerte: no pensaba en nada; observaba cómo el cuerpo reconstituía su deseo después de la primera batalla y reagrupaba sus fuerzas para lanzarse a un segundo combate que lo tranquilizara durante el mayor tiempo posible, pues sabía de mi renuencia a complacerlo. Soy torpe, no puedo hacer dos cosas al mismo tiempo, no puedo mascar chicle mientras subo una escalera. En ascensor sí.

Pero no me refiero a esa clase de progreso, no al que consiste en trasportar cosas más rápidamente, en desplazarse más rápidamente y sin esfuerzo hacia Maracaibo city, en manejar información más rápidamente con el auxilio de computadoras, en leer libros más rápidamente, en vivir las experiencias más rápidamente. Nunca me interesó mucho esa clase de progreso; en la medida en que lo acepté fue para adaptarme a la vida colectiva. Me gustan la lentitud y la morosidad.

Tampoco me refiero al progreso en el arte bello donde evidentemente no hay progreso y todo depende de las ideas estéticas y su expresión por mano del genio. El poeta en nuestros días, por el hecho de tener procesador de palabras y biblioteca computarizada no escribe más ni mejor que el poeta del siglo seis antes de Cristo que debía cortar cada letra con estilete o encalamocarse con papiros.

Ni al progreso moral. También éste resulta ilusorio cuando se compara nuestro acontecer cotidiano con los relatos de la antigüedad.

Me refiero al progreso del conocimiento. La idea se me presentó de dos maneras. Primero se me ocurrió que todas las ciencias podían llegar al logro exhaustivo de sus propósitos, en tal caso era posible imaginar un mundo futuro domesticado por el hombre, pues la plenitud científica lo habría vuelto completamente inteligible y soberanamente manipulable, de tal manera que la alteridad inicial era una apariencia producida por la ignorancia, enajenación remediable, y al fin de la investigación nos encontraríamos en casa propia sin amenaza y sin misterio.

Una vieja máquina de escribir me salvó de engañarme a mí mismo y caer en este error. La encontré hace años en un basurero, desplazada seguramente por aparatos eléctricos y electrónicos; la he desarmado y armado varias veces, ninguna de sus partes me sorprende, la uso casi todos los días y sin embargo, no por eso es menos distinta de mí, menos heterogénea. Si yo conociera la máquina del mundo tan bien como conozco mi máquina de escribir, no por eso sería menos distinta de mí, menos heterogénea. Probé con otros símiles no mecánicos, me deslicé en metonimias, di saltos metafóricos; pero el resultado fue el mismo: el conocimiento científico, aunque sea pensado como perfecto y acabado, no disuelve la alteridad del mundo. Una clase de ignorancia se mantenía inexpugnable a la ciencia: la ignorancia que me impide dar cuenta de mi presencia extraña a las cosas. Al contrario, era mi presencia extraña a las cosas lo que daba cuenta de las ciencias. La alteridad —aunque agravada por la ignorancia que la ciencia puede despejar— no es cuestión de ignorancia.

Luego, la idea de progreso del conocimiento se me presentó de otra manera: como proceso de reencuentro, reconocimiento y recuerdo. Si supongo que la alteridad del mundo con respecto a mí, tan agudamente percibida, es enajenación transitoria surgida de un extrañamiento originario, es decir, si ubico el origen de la alteridad en el rompimiento de una unidad inicial, en el trauma de una división separación dispersión, en una especie de big bang metafísico cuyos fragmentos no son heterogéneos esencialmente, sino sólo que no pueden reconocerse los unos a los otros, trastornados y obnubilados por la explosión; y si concibo al conocimiento no como representación mental de lo ajeno a mí, no como imagen del mundo construida por la razón con la información de los sentidos, no como teoría, sino como acercamiento de lo semejante a lo semejante enajenado, en marcha temporal hacia la reunificación final, entonces puedo esperar el cese de la alteridad cuando culmine ese proceso de reencuentro, reconocimiento y recuerdo.

Lanzado a esa especulación, me pareció que ese proceso, esa forma de progreso, no podía ser individual sino colectiva e histórica; tenía que ser de hombre a hombre, de hombre a sociedad, de sociedad a sociedad, de sociedad a humanidad, de humanidad a naturaleza y universo. Me pareció que abarcaría inmensos períodos del devenir pasando por guerras, alianzas, mestizajes, odios raciales, patrias hostiles, reconciliaciones, rompimientos, confederaciones, viajes exhaustivos, inventos, agotadoras exploraciones, experimentos, teorías de teorías, me pareció que tal vez sería infinito o por lo menos de incalculable duración para

incalculables generaciones de hombres y, en todo caso, no válido para mí que voy a morir muy pronto.

Además, si el proceso comienza de persona a persona, basta considerar lo difícil de la comunicación entre los hombres para sentir vértigo ante la inmensidad del tiempo necesario. Apartando la comunicación gobernada por los patrones culturales, la comunicación ecológica de supervivencia y la comunicación obligada por el juego de intereses internacionales, ya de por sí problemáticas, y poniendo atención sólo a la comunicación íntima entre allegados, es necesario reconocer que nunca llega muy lejos. Manuela es para mí en muchos sentidos tan impenetrable como una piedra, y yo para ella. No sólo es difícil la comunicación auténtica en sí; la dificultad se ve agravada, salvo en casos patológicos de exhibicionismo, por la voluntad de mantener a toda costa una reserva de sombra. Sospecho que, incluso en los casos patológicos de exhibicionismo, no se quiere mostrar la verdad sino proyectar violentamente una imagen engañosa (finges el orgasmo, puta ingenua, como si a mí me importaran mucho esos espasmos. Malinformada por revistas de sexología, mañosiada por esos amantes que fetichizan la satisfacción de una necesidad fisiológica y buscan éxtasis compartidos, clímax simultáneos). Agréguese que todo vuelve a comenzar casi en cero para cada nueva generación.

Pero aún si imagino el proceso como cumplido después de muchos milenios de progreso, no me consuela la gloria de esa apocatástasis, la reunificación futura de todo, quedando yo por fuera. Bien de muchos en un futuro conjetural, consuelo de tontos. Y pensándola de cerca ni

siquiera sería bien de muchos, porque lo mismo que me ocurre a mí le ocurriría a todos los demás individuos: seríamos momentos transitorios de un proceso, pasos de una marcha que nos abandona y no nos deja ni como huella, aunque tratemos tenazmente de creer que lo que hemos sido y significado queda conservado en la unidad total donde todos los gatos son pardos y todas las vacas negras.

Caminando por esta vía especulativa llego de nuevo a la alteridad. El imaginado proceso de reencuentro, reconocimiento, recuerdo y reunificación resulta extraño, indiferente y ajeno a lo que yo soy y significo como individuo aquí. Lo miro y admiro de lejos, desde mi imponteable diferencia.

SEIS

Después de las reflexiones anteriores sentí que no había terminado la exploración especulativa. Debía ser más audaz. Me di cuenta de que me encontraba al borde de un descubrimiento, como cuando uno tiene una palabra en la punta de la lengua y sabe que el recuerdo es inminente.

Si supongo que soy inmortal de alguna manera, renaciendo, continuándome en encarnaciones sucesivas y conservando lo ganado en cada una; si, en el proceso de reencontrarecuerdoreunificación, entiendo el progreso como ampliación paulatina de mi propio centro de conciencia de tal manera que, en el límite, llegue a abarcar todas las cosas sin perder individualidad; si crezco hasta que mi conciencia individual sea conciencia de todas las cosas; si imagino, por ejemplo, que todas las cosas son una, que mi consciencia personal por estar hundida en la separación sólo tiene ilusiones particulares pero puede volverse a lo común hasta llegar a ser el todo mismo y la conciencia de todo, el todo autoconsciente; si exacerbo este individualismo paroxístico y doy por cumplido, realizado y justificado semejante

delirio solipsista y megalómano, entonces no habría ya más alteridad alguna puesto que todas las cosas serían partes íntimas de mi propia conciencia, es decir de mí mismo, integradas en un todo autoconsciente unitario sin antagonismos reales ni contradicciones verdaderas y sin que mi individualidad sucumba.

Pero, al concebir de esta manera el cese de la alteridad y al concebir la resultante unidad plenamente autoconsciente, debo concebir a esta última como existente, como estando ahí, como diferente de no existir, de no estar ahí, como limitada y tal vez penetrada por el no ser; debo concebirla como finita aunque tenga la esencia y los poderes de un dios supremo capaz de crear y gobernar universos. Siendo omnipotente y omnisciente de todo cuanto existe, sería ella misma existente y por lo tanto diferente de la no existencia, de la nada; estaría ahí sin fundamento, sin razón de ser, insegura como una llama al viento, ¿expuesta tal vez a ser literalmente anonadada, aniquilada?

Al concebir, pues, de esa manera el cese de la alteridad del mundo, al imaginarme a mí mismo como dios perfectísimo desenajenado, he aquí que me encuentro con la alteridad pura, con la alteridad del no ser.

La exploración especulativa no fue vana. El delirio solipsista y megalómano me permitió ver con mayor claridad, que la alteridad del mundo, concíbase como se conciba, es insignificante en comparación con la alteridad del no ser... El mundo y yo, enajenados o reconciliados, estamos ambos enfrentados a la alteridad extrema del no ser; y no es cuestión de poder ni de conocimiento, ni de grandeza. En relación con el no ser da lo mismo ser dios o cucaracha, el

bien es un gargajo, la belleza se intercambia con la risa del idiota, el estallido de una bomba atómica no supera al de un beso. Si yo fuera el Gran Rey o Pericles o Zeus no me encontraría mejor situado con respecto al no ser que siendo como soy ahora encuadernador de trabajos académicos y libros fotocopiados.

Esta comprensión me tranquilizó al aliviarme de no sé qué cargas inconscientes. Ahora asisto desolado a mi propia existencia que consiste en haber surgido y persistir sin fundamento, sin causa conocida, sin sentido, resistiendo los embates del mundo en un absurdo conato de autopreservación casi como los que insisten en sus deberes, afanes, ambiciones, conflictos y enredos para olvidar que los ronda la muerte; pero, viendo que existir es nadar en la nada, nadear pudiera decirse, con crispación y esfuerzo inútiles, se me ocurrió desistir, aflojar las tensiones de supervivencia, desembragar los superfluos mecanismos de defensa para flotar en vez de nadear; y decidí acostarme en el no ser, abandonarme en la actitud de quien hace la plancha en el mar. Después de todo, mi existencia y su cese no dependen primariamente de mi voluntad, nadie escoge existir aunque pueda escoger intentar seguir existiendo, ni nadie sabe a ciencia cierta que el suicidio acabe con su propia existencia.

No fue fácil. El terror de la muerte me crispaba y me impedía soltarme. De nada me valían los razonamientos. Me aferraba a los angores y langores de la vida ordinaria, me agarraba de las ocupaciones y preocupaciones como un náufrago echa mano a su tabla. Comprendí entonces que era más fácil hacer esfuerzos que dejar de hacerlos. Yo pendía siempre de tareas por cumplir, de problemas por

resolver, de conflictos que debía evitar, y de lo que se trataba era de aflojar todo. Pero fui valiente: me contraí como un puño en un espasmo violento, titánico, extremo, prorrumpí en un grito pavoroso y luego me relajé dejando de un solo golpe mis cuidados entre las olas y espumas olvidados.

Floté, pues, sin el miedo de hundirme y en esa cómoda posición pude reflexionar a mis anchas sobre cuestiones que antes me estaban vedadas y hacer experimentos que mi situación anterior no permitía.

Para facilitar la flotación existencial me acosté en una hamaca, en el asana que adoptan los llaneros de Apure y Barinas cuando quieren meditar, halando a intervalos regulares el extremo de un mecatco fijado a la pared para moverse en forma regular, oyendo el monótono chillido de las alcayatas y el apagado susurro de las fundas en el suelo.

SIETE

La primera comprensión que tuve mientras hacía la plancha nació como sigue: Hasta entonces todas mis reflexiones habían sido hechas a la luz del conocimiento que se obtiene por medio de los sentidos y el entendimiento auxiliados por la imaginación y la razón.

Tal conocimiento no es despreciable; sin él yo no hubiera sobrevivido, ni hubiera llegado a mi flotación actual. Pero tiene un gravísimo defecto, depende de los mediadores y de los auxiliares, o sea de los sentidos y el entendimiento por un lado y de la razón y la imaginación por el otro. Su verdad depende en gran parte de la fidelidad y eficiencia de sus mediadores y auxiliares. Ahora bien, sabemos que los sentidos engañan a veces ¿no podrían engañar también cuando no sabemos que engañan? Sabemos que el entendimiento tiene su estructura propia y su manera propia de operar para elaborar la información de los sentidos ¿coinciden esa estructura y esa manera de operar con la estructura y la manera de operar de aquello que se convierte en contenido sensorial?; sabemos además que el

entendimiento puede trabajar en vacío y elaborar objetos ilusorios. Sabemos que la imaginación es libre, vagarosa y volátil. ¿Renuncia a su propia naturaleza cuando auxilia al conocimiento? ¿no lo influirá a pesar de los controles y del plomo que se le pueda poner en las alas? Sabemos que la razón está más interesada en sí misma que en el mundo; su pasión es la coherencia y la unidad ¿concuerda su pasión con la pasión del mundo pensado como en sí?

En todo caso, incluso en el más optimista, incluso en el óptimo, ese conocimiento no es directo. Es indirecto y mediado, conjetural y probabilístico. Valiéndome de proyecciones especulativas yo había llegado ya hasta donde es posible esperar llegar por ese lado.

La primera comprensión que tuve mientras hacía la plancha se me presentó primero en forma de pregunta ante el tipo de conocimiento que había alumbrado mis reflexiones anteriores. Puedo formularla así: ¿Hay conocimiento directo, no mediado? Hasta entonces yo había supuesto, sin cobrar consciencia de mi suposición y por lo tanto sin ponerla en tela de juicio, que el conocimiento mediado era el único posible. La pregunta abría una dimensión nueva.

Era cuestión de un nuevo acercamiento, de una actitud diferente que podía invalidar todo lo pensado anteriormente. Toda búsqueda que yo emprendiera en la nueva dimensión debía prescindir de la luz del conocimiento mediado, de la luz del sol visible que alumbra los sentidos y de la luz del sol inteligible que alumbra las operaciones de imaginación, entendimiento y razón. Sólo podía contar –y tal vez no siempre– con la mano amiga de la lengua madre y el roce de su veste.

Formulé la pregunta de modo más preciso y concreto: ¿Qué conocimiento no mediado tengo yo? ¿Qué sé yo que no haya llegado a saber por medio de...?

Me puse a examinar todos mis conocimientos, primero en forma desordenada, pero luego de manera sistemática por sectores, usando como piedra de toque, la pregunta ¿es mediado?

Hubiera podido ahorrarme el trabajo. Yo sabía de mi propia presencia, de mi propio estar ahí, de mi existencia, sin mediación alguna. Lo había sabido siempre; pero como tenía siempre la atención dirigida hacia algún objeto y siempre estaba iluminado por la luz de los dos soles, había llegado a considerarme a mí mismo como un objeto más entre otros objetos sin caer en cuenta de quedar por fuera como sujeto, sin advertir que mi estar ahí era completamente distinto de toda cosa que estuviera o pudiera estar frente a mí. Incluso cuando me observaba muy atentamente oblicuando la mirada y creía verme, lo que veía era mi propio cuerpo, mis emociones, mis procesos mentales, mis sufrimientos y siempre en escorzo. Yo mismo me quedaba por fuera, mirando.

Este saber acerca de mi estar ahí era un tipo de conocimiento muy distinto de todos los demás, no era mediado; mientras que todos los demás sólo podían producirse gracias a mi estar ahí. De no haber quien conozca no hay conocimiento.

Expreso este conocimiento razonadamente, pero no era resultado de un razonamiento. Yo no estaba demostrándolo, sólo me mostraba a mí mismo sirviéndome de la lengua y sus mecanismos; pero él era anterior a su formulación lógica y verbal e independiente de ella.

El descubrimiento de esta nueva dimensión del saber —el saber no mediado— me regocijó tanto que pasé muchos días sin meditar. Me pareció que había encontrado una piedra preciosa, algo muy firme, pese a que el único saber de ese género que había encontrado era el saber de mí mismo, pese a que ni siquiera era un descubrimiento pues consistía en darme cuenta de estar ahí y nada más. Me dediqué a pulir la piedra preciosa: los conocimientos que yo tenía acerca de mi persona, o pudiera obtener por la observación de mi conducta y por la introspección no pertenecían a este género; eran mediados justamente por la observación y la introspección. Los conocimientos que yo tenía o pudiera obtener acerca de los actos de mi conciencia —percepción, memoria, voluntad, juicio— también eran mediados, pues los ponía ante mí para observarlos y describirlos, podía convertirlos en objetos, lo cual no podía hacer con mi estar ahí.

Cuando pasó la agitación del regocijo, caí en cuenta de que mi estar ahí encerraba una complejidad, no era simple. Contenía otro saber además del saber de mí mismo: la palabra ahí se refería a un ámbito de mi estar, al mundo, y eso tampoco era mediado. A la luz de los dos soles yo entraba en contacto de conocimiento con las cosas del mundo, pero el mundo mismo no se me entregaba como resultado de las operaciones de sentido, imaginación, entendimiento y razón. Todas las cosas que yo conocía o pudiera conocer estaban ya en el mundo. Mi saber del mundo, como ámbito de aparición de las cosas, no era mediado.

Pero mi estar ahí era aún más complejo: la palabra estar contenía el matiz de transitoriedad; lo que está ahí

no necesariamente estuvo ahí antes ni estará ahí después. El saber no mediado acerca de mí mismo implica saber de mi precariedad en el tiempo y saber del tiempo. A la luz de los dos soles yo entraba en contacto de conocimiento con el transcurso de las cosas en el tiempo y podía medirlo, pero el tiempo mismo no se me entregaba como resultado de las operaciones de sentido, imaginación, entendimiento y razón. Todas las cosas que yo conocía o pudiera conocer devenían en el tiempo, pero mi saber del tiempo era anterior al reconocimiento de las cosas temporales. Mi saber del tiempo y de la muerte no era mediado.

Celebraba yo estas comprensiones –como otros quizá el oro y el poder– cuando advertí que había otro saber en mi estar ahí. La palabra mi sólo tiene sentido por referencia a tu, su, nuestro, vuestro. Saber de mi estar ahí era saber de mi estar ahí con otros. Yo entraba en contacto de conocimiento con los demás individualmente o en grupo gracias al saber solar, pero el saberme con otros era anterior a toda experiencia individual, no era mediado. Aquí surgió una pregunta ¿en qué medida el conocimiento de la existencia de los demás –y no sólo de su presencia sensorial y reconstrucción de sus características personales con la imaginación, el entendimiento y la razón– es solar?

Antes de abordar esta cuestión, se me ocurrió que era conveniente distinguir los dos tipos de conocimiento –el mediado por sentido imaginaciónentendimiento razón y el no mediado por ellos– con un sólo calificativo para cada uno a fin de facilitar mi exposición, y decidí llamar al primero luminoso en atención a los dos soles, y al segundo tenebroso porque su ámbito es la íntima tiniebla.

Por ese entonces volvió Manuela. Debo aclarar que ella venía por propia iniciativa, cuando quería; yo rara vez la invitaba. Barría, limpiaba, me ayudaba a poner orden en mi pequeño taller y en la trastienda donde yo duermo y se quedaba conmigo hasta el día siguiente. Pero había pasado tanto tiempo sin venir por un disgusto y una discusión que tuvimos; ella había llegado de mal humor, como parte del síndrome premenstrual seguramente, con esa actitud de harpía que suele fungir de inteligencia en las mujeres, y se había dedicado a hacerme reproches acusándome de frialdad, desapego e indiferencia hacia ella. Recuerdo la última parte de esa disputa tan ajena a mi manera de ser. Ella dijo: Tú no necesitas una amiga ni una compañera, sino una puta a sueldo. Yo dije: Es cierto, pero no puedo darme ese lujo por falta de recursos, tengo que conformarme contigo que me sales gratis, aunque últimamente me estás saliendo muy cara con tus exigencias de escucha, atención y carantoña. Ella enrojeció, se hinchó como si fuera a reventar y se fue, dando un portazo.

Pero volvió cuando yo meditaba sobre los dos tipos de conocimiento y su visita me ayudó grandemente.

OCHO

Allí estaba Manuela. Calipigia, nariz y senos respingada. Turgencia del anón maduro. Invitación y desafío, con esa actitud de ninfa en celo que suele fungir de inteligencia en las mujeres. Mi brioso deseo, hijo equino de la necesidad fisiológica, se encabritó; yo lo embridé, lo monté y lo contuve, para mirarla. No sé exactamente por qué me da tanta vergüenza haber hecho eso; es como si hubiera lesionado el buen gusto o cometido una traición; pero lo hice. La miré, montado en el solípedo y gobernándolo.

Allí estaba Manuela. Mi conocimiento de ella era luminoso. El sol visible, antes de esconderse tras las montañas del oeste, me la entregaba como imagen visual, bien dibujada contra la pared al lado de la fotocopidora, poniéndole arreboles en el pelo y joyas en los ojos, depravando el lila de su falda frágil. El sol inteligible alumbrando mis experiencias anteriores con ella, enriquecía la imagen visual llenándola de olores, sensaciones táctiles, húmedos sabores, dulces quejidos animales, reconstruyendo las partes ocultas por la ropa, esa curva que se ampliaba desde la cintura, la

dureza del bajo vientre, la espalda pecosa, ese lunar en el lado derecho de la vulva a la altura del clítoris, los pezones volcánicamente erógenos y esa región de la carne en la parte interna de la rodilla que era imposible no morder en la angustia del orgasmo. El sol inteligible me mostraba también sus virtudes, esa capacidad para comprender, compartir lo compartible, concebir y fecundar que constituye la verdadera inteligencia de las mujeres, pero que en Manuela en particular, cuando no tomaba el mando la harpía o la ninfa, tenía la ingenua ternura de las niñas que juegan a ser madres.

Pero, ¿en qué medida sabía yo de ella tenebrosamente? Todo conocimiento mediato se produce en el seno de una inmediatez tenebrosa. Los dos soles discurren en el dominio de un sol negro. Sí, pero ¿en qué medida eso que pasaba a ser conocimiento mediato a la luz de los dos soles estaba habitado por una presencia inmediata? ¿Cómo sabía yo que ella no era un autómata, una muñeca de carne, psiquis y mente programadas? Ciertamente, hasta donde yo sabía mediatamente, ella muy bien podía ser un autómata, no menos automática por ser de carne, emoción, representación pues todo eso puede interpretarse como mecanismo sutil y complejo. Además, me había dado cuenta de que yo podía manejarla como manejo mis máquinas de fotocopia y encuadernación; hasta cierto punto por lo menos, pues había botones, resortes y palancas de comando fuera de mi alcance.

Sin embargo, llegando a ese punto, debo admitir que yo también podría ser una máquina, hasta donde sé de mí mismo mediatamente. Sólo después de un largo trabajo he

logrado deslindar los dos tipos de conocimiento que ahora parecen corresponder a dos regiones.

Ella tenía la mirada vaga y perdida, decía no sé qué con voz pastosa y le vi en el mullido cuello el palpar acelerado de la vena arteria, llamada arteria carótida por los estudiantes de medicina. Refrené mi inquieto corcel y continué mis reflexiones.

Yo mismo era mecánico, maquinal, maquinoide. Mi conducta corporal, emocional, mental era gobernada por estímulos externos. Esa misma agitación equina era provocada por la largamente retardada reaparición de Manuela. Pero al darme cuenta de mi estar ahí me elevaba a un centro de tiniebla, por encima del deseo, desde el cual era posible observar la máquina y tal vez controlarla: yo estaba montado en mi caballo y sostenía firmemente las riendas. Ahora bien, así como yo cobraba consciencia de mi estar ahí, así también cobraba consciencia del estar ahí de Manuela, de tal manera que ella se me presentaba luminosa y tenebrosamente porque era, como yo, un centro de tiniebla, no solamente una muñeca.

Trataré de decir algo que me molestó durante todas estas reflexiones ante Manuela. Era algo así como una comprensión que pugnaba por brotar pero se enredaba en la red de otras comprensiones. Al fin afloró, negra y hermosa: El quantum de tiniebla variaba; también el quantum de luz.

Como yo no hablaba y había permanecido inmóvil, ella debió creer que yo estaba todavía disgustado y me daba explicaciones mientras se desplazaba en el pequeño taller para ordenar las cosas como solía hacer cada vez que venía. Pero en esa ocasión yo no la oía, invadido por un fuego

rojizo que me subía de los muslos a la cara, me alteraba la respiración y me calentaba las orejas. Tenía en sus movimientos algo de yegua esa mujer a la luz menguante del atardecer. Durante unos instantes vi por la ventana una potranca violácea trotando en el cielo crepuscular.

Las atracciones y repulsiones, las relaciones todas, entre las cosas y las personas son mecánicas, pocas veces interviene la deliberación; cuando parece intervenir se trata por lo general sólo de operaciones de computación; la consciencia está ausente. He ahí una muñeca de cuerda haciendo actos programados. He ahí un muñeco de cuerda presto a hacer movimientos programados pero con los mecanismos trabados por una fuerza superior, en este caso no la de otro mecanismo sino la de mi tiniebla observante. Me mantenía, pues, en mi actitud de jinete que inmoviliza su montura.

Explico lo del quantum. Siempre estoy ahí, en todo lo que hago, siento y pienso, en todas mis relaciones con las personas y las cosas; aún durante el frenesí y el sueño estoy ahí. Pero la consciencia de estar ahí a veces es más intensa y a veces menos intensa, formando un abanico de grados que por un extremo me hacen temer la inconsciencia definitiva y por el otro me hacen sospechar formas superiores, portentosamente ampliadas e intensificadas de consciencia despierta o el contacto con una tiniebla omnisciente. Mi registro ordinario es bastante bajo, lo mismo debe ocurrir a las demás personas.

Eso con respecto al quantum variable de tiniebla. El de luz se comportaba de igual manera. La agudeza chispeante de los sentidos que a veces penetraba las cosas más

allá de lo requerido por la necesidad y el deseo, otras veces se amellaba hasta el punto de entorpecer tareas sencillas. La imaginación volátil, vagarosa, de altas y raudas búsquedas, como un águila, en ocasiones se entumecía aquietada, se posaba en cualquier rama y se adormilaba con la cabeza bajo el ala como una gallina al anochecer. Entendimiento y razón, de ordinario un tanto apagados, limitados a sus trabajos de rutina, podían volverse brillantes y cortantes como una navaja de pelear exaltando sus propias fuerzas y alumbrando los intrincados archivos de la memoria. Recuerdo una oportunidad en que perdí totalmente la consciencia de ellos y me quedé solo, ensimismado en mi tiniebla. Recuerdo una oportunidad en que estuve tan presente en la exaltación simultánea de todos ellos que me pareció posible convertirme en un ser de luz, sin dualidad y sin tiniebla, como un grillo o un planeta.

Dualidad. Por una parte, seres solamente claros que nacen en la luz del conocimiento mediato. Por otra parte, seres claros y oscuros al mismo tiempo, mestizos de luz y tiniebla como Manuela y yo, mediatos e inmediatos.

Sin consultarme, Manuela había cerrado la puerta del taller y ahora se había montado en una silla para acomodar la cortina que cierra la trastienda. Al montarse en la silla me quedó tan cerca que pude respirar sus aromas y, de repente, luz, deslumbrante luz de la carne, ya no pude más dominar mi cabalgadura. Sentí brincos, relinchos, corcoveos. Vi estampidas, aludes, cataratas. Frenos y correajes rotos, belfos ensangrentados. Cascos solípidos me patearon los ojos. Ni siquiera de pequeño testigo me querían a mí el tenebroso. Luz deslumbrante, luz de la carne.

Mientras ella yacía a mi lado, echada a medias sobre el colchón, como cadáver desnudo sobre la tierra después de la batalla, yo cavilaba sentado sobre la almohada, apoyado contra la pared en la obscuridad de mi trastienda. Algo insólito había ocurrido. Insólito y terrible. No era el deseo contenido que rompe sus amarras y se desboca, no la necesidad fisiológica hambreada que arrebatata con violencia su satisfacción, no sólo eso. Junto al estallido deslumbrante de luz carnal, bajo él, sobre él, a su alrededor, dentro de él, lejos de él, mi centro de tiniebla ahuyentado por el relámpago se había unido al también fugitivo centro de tiniebla de Manuela. Pero, incluyéndonos, y abarcando, penetrando, gobernando los espasmos y fluidos luminosos de los cuerpos, un centro superior de tiniebla, inmensamente mayor que el nuestro se había comunicado con nosotros.

NUEVE

Sentado sobre la almohada, apoyado contra la pared de mi trastienda, me sentí rodeado de escombros como el sobreviviente de una catástrofe. La inesperada y demoledora irrupción de eso que llamo un centro superior de tiniebla había desbaratado y dispersado las comprensiones que yo tan cuidadosamente había reunido y casi completado mientras meditaba, a caballo en el deseo, frente a la amante retornada y sus encantos.

Así como a veces un viento súbito deshace y confunde los montones de copias fotostáticas y yo los recojo y los ordeno de nuevo pacientemente, así también entonces me puse a recoger lo que creía haber comprendido para ver si podía compaginarlo con la nueva experiencia y encuaderarlo en un volumen coherente.

Yo sabía de mí mismo, del mundo, de los otros, del tiempo y de la muerte en forma inmediata y tenebrosa.

Yo sabía de las cosas que están frente a mí en el mundo y en el tiempo con conocimiento mediato y luminoso.

Las personas se me presentaban como objetos luminosos mediatos, y a la vez como presencias inmediatas tenebrosas, semejantes a mi estar ahí.

Yo me sabía individuo separado, finito, y, como tal, enfrentado junto con todo lo individualseparadofinito a la alteridad extrema, infinita del no ser. Me sabía precario y había aprendido a hacer la plancha en vez de nadear.

Por otra parte, en ocasión del retorno de Manuela, había comenzado a aprender algo nuevo, a no dejarme arrastrar y pisotear por las fuerzas luminosas de mi alma, sino a montarme en ellas, frenarlas para meditar y cabalgarlas según mi voluntad y hacia mis metas, jinete tenebroso gobernando potro de luz.

Ahora bien, la inesperada y demoledora irrupción de eso que llamo centro superior de tiniebla no estuvo acompañada de palabras, ni de imágenes, ni de pensamientos, para decirla tengo que recurrir a extrapolaciones, analogías y metáforas. Sea.

Cuando me encuentro con una persona percibo su aparición luminosa y, además, me sé ante alguien, ante un sujeto que no puedo, en buena ley, reducir a objeto como tampoco puedo convertirme a mí mismo en objeto. Pues bien, el centro superior de tiniebla era sujeto puro, sin contraparte luminosa susceptible de ser tratada como objeto.

Cuando me encuentro con una persona y me doy cuenta de que es un sujetoestar ahí tiniebla igual que yo, entonces por lo general los dos jugamos un juego que consiste en hacer creer al otro que se es cosa luminosa y manipulable: se ponen en acción formas de cortesía, referencias a convicciones y creencias comunes, intercambios de ideas

y gestos emocionales, habladuría y avidez de novedades, se oculta a toda costa la propia condición de tenebra incomprensible y enigmática; tal actitud es característica de nuestra vida cotidiana y sustituye, en inauténtica normalidad, la condición originaria. Pues bien, con el centro superior de tiniebla no se podía jugar ese juego: sujeto ante sujeto, desnudos, sin recurso posible a los escondrijos, pretextos, roles y simulaciones del trato ordinario entre sujetos.

Aquello de sentir presencias tenebrosas sin contraparte luminosa me había ocurrido antes muchas veces de varias maneras. Era presa, por ejemplo, de una inquietud inexplicable, volteaba la cabeza y veía que alguien me estaba mirando; sentía con fuerza la presencia de un amigo ausente y él se aparecía al poco tiempo o me contaba después que en esos momentos había pensado mucho en mí; una noche soñé con alguien que en el sueño no tenía forma luminosa y después la reconocí en la vigilia. A veces sentía la presencia viva de personas ya muertas. Pero en todos esos casos, la contraparte luminosa existía o había existido, por eso no son plenamente comparables a la aparición del centro superior de tiniebla, sino sólo en cuanto a la posibilidad de la presencia tenebrosa sin la simultánea aparición de su contraparte luminosa. Sin embargo, en ciertas ocasiones, cuando me iba a quedar dormido, ya apagada la luz, me daba cuenta de que había una o varias personas en mi habitación; me inquietaba, prendía la luz, no veía a nadie, pero las tenebrosas presencias persistían; me daba miedo y lograba espantarlas con procedimientos ingenuos; después razonaba que eran producto de la imaginación. Pues bien, el centro superior de tiniebla no sólo no dejó la menor

posibilidad de ser ahuyentado sino que invadió con poder y majestad irresistibles. No me dejó —tan inequívoco fue— ni siquiera la salida de explicarlo como ilusión producida por una exaltación erótica excepcional. Más bien me pareció que lo erótico ordinario es leve coletazo de ese huracán lejano y los encantos del amor remolino de caracola.

Cuando me encuentro con otra persona, tiniebla ante tiniebla, sin juegos de escondite ni operaciones manipulatorias, ocurre a veces que me doy cuenta de su superioridad y me siento avasallado ante ella como un perro ante su amo, me lleno de admiración y respeto y no me humillaría el ser su esclavo. Me ha ocurrido esto con personas vivas independientemente de su aspecto físico, de su posición social, de su grado de instrucción, de su nacionalidad, de su pertenencia cultural, de su edad. Me ha ocurrido también con personas tiempo ha muertas que he conocido a través de su obra. Pues bien, el encuentro con el centro superior de tiniebla fue de ese género, pero con una inmensa diferencia, muy mucho más grande, más insondable, más terrible que la existente entre un perro y un hombre o entre un hombre mediocre y uno genial. La comunicación con el perro es cosa de reflejos condicionados y cariño; la comunicación con el genio es cosa de comprensión de sus mensajes, compromiso con sus instrucciones y cariño; en ambos casos opcional; mientras que la comunicación con el centro superior de tiniebla recuerda desastre y cataclismo. En ésta, sin embargo, ¡gran paradoja!, hay algo de íntimo, entrañable y familiar, tremendo como la ira del padre, tierno como el llanto de la madre.

Además se presentó de manera inexorable, invadiendo desde afuera o surgiendo en mí mismo de una latencia desconocida. No sé.

Sentado sobre mi almohada, la espalda recostada contra la fría pared, Manuela echada parte sobre el colchón, parte sobre el piso, como sobre la arena y el cascajo los peces muertos que abandona el tumultuoso oleaje cuando la marejada se retira, sentado y caviloso, el puño en la frente, el codo sobre la rodilla plegada, flácidas las partes, en la actitud de quien lo ha perdido todo y recomienza, caí en cuenta de que el centro superior de tiniebla era muy parecido, no, era igual a eso que los antiguos paganos llamaban dios o divinidad.

Este pensamiento, al llegar, rasgó un velo en mi manera de comprender las cosas. Por la rasgadura vi. Hombres de naciones tiempo ha desaparecidas tuvieron la misma experiencia que yo tuve y la incorporaron a su cultura tal vez con los mismos recursos analógicos que yo utilizaba ahora espontáneamente, pero cristalizados en signos.

Si mi asociación era acertada, si mi puente con los antiguos era puente, el centro superior de tiniebla, ese alguien que me había invadido demoledoramente, equivalía a la divinidad cuyos signos eran la espuma y la valva, el fuego sutil bajo la piel, el telar abandonado, el almizcle, el azafrán, y el cobre, la luna llena que hace palidecer las estrellas, la metamorfosis del asno en Pegaso. La concebían elegante y ágil, celeste y soez, urgente y perentoria, implacable pero atenta a la súplica del por ella deshecho.

Signo. Yo había reflexionado sobre el signo y creía comprenderlo: cualquier objeto luminoso, natural o artificial, habitado por un acto tenebroso del hombre. Pero los actos tenebrosos de la divinidad eran sobrehumanos y sus signos sólo reconocibles por el herido de terror numinoso en los objetos de luz que ella escogiera para manifestarse.

Yo no la había conocido hasta entonces y por lo tanto nunca había reconocido sus signos. Ni siquiera había sospechado su existencia a pesar de que era ella sin duda quien había individualizado y prestigiado a Manuela ante mis ojos, dándole una preferencia, que yo no quería admitir, entre las muchachas en flor, todas intercambiables para fines higiénicos; ni siquiera la había buscado confusamente a pesar de que sin duda era su ausencia lo que provocaba ese no sé qué que queda balbuceando la necesidad fisiológica satisfecha.

Entonces la conocí. No me alegré de haberla conocido. Nadie se alegra de un desastre. La estructura de mi vida interior quedó desarticulada, en añicos mi concepción del mundo, trastornados mis refugios. La fuerza gravitatoria de ese centro superior de tiniebla podía atraerme y consumirme; si yo desarrollaba fuerzas centrífugas insuficientes para escapar, quedaría dando vueltas en torno a él como un satélite.

Sentí respeto, veneración, deseo de adorar. Nunca pronunciaré su santo nombre en vano. Pero sentí también miedo. Mi existencia individual era valiosa en sumo grado para mí. Esto comprendí.

DIEZ

Comprendí también que mi deseo de ser sincero había sido endeble y mi propósito de decir la verdad tímido. En nombre de la comodidad yo había sido falso e hipócrita con los demás para salvaguardar mi indiferencia hacia sus asuntos y protegerme de su agresión; lo había sido a plena consciencia. Pero ¿había sido también falso e hipócrita conmigo mismo sin darme cuenta?

Crisis. No podía proseguir mis reflexiones sin antes poner en tela de juicio mi propia actitud ante mí mismo. La experiencia había sido demoledora para mis casillas y parapetos. ¿Por qué entonces tenía algo de íntimo, entrañable y familiar, tremendo como la ira del padre, tierno como el llanto de la madre? Al par que destruía, fortalecía. ¿Estaba yo dividido de tal manera que una experiencia podía afectarme en forma ambivalente, válida negativamente por un lado y válida positivamente por el otro?

Sí. Había estado dividido. No cabía la menor duda.

Cotidianamente yo hacía un papel: hombre fríamente lúcido, inaccesible a las ilusiones y pasiones de los hombres

vulgares, condescendiente y cortés para evitar ensuciarse las manos en pequeños conflictos, no condicionado a fondo por los patrones culturales, enfrentado al enigma de la existencia sin otra arma que su calmado pensamiento.

Ese papel, hacia afuera, podía verse con buenos ojos; no como hipocresía, ni siquiera como teatro, sino más bien como guardia, para utilizar el término guardia de las artes marciales, como las guardias de la pelea a garrote practicadas por los guerreros asociados religiosamente a la celebración solsticial del tamunangue, es decir como una posición inicial de alerta y de combate que disuade a posibles agresores, facilita la defensa ante el ataque súbito y puede desplegarse en posiciones sucesivas, codificadas de batalla. Guardia incluso justificable: *homo homini lupus*, al que se descuida se lo comen.

Pero yo me servía de la misma guardia contra mí mismo y mantenía a raya, con ella, en mi propio interior, todo aquello que no calzara con el retrato fabricado. El retrato no era falso, pero era selectivo y excluyente. Quedaba por fuera una gran cantidad de componentes importantes que yo relegaba si no a la inconsciencia por lo menos a una zona penumbrosa donde podía desestimarlos, minimizarlos y dejarlos sin examen ¿por qué? mientras me engreía en las grandes cuestiones del ser, el devenir y el tiempo, lo finito y lo infinito. No es que mi afición por esas cuestiones no fuera auténtica, lo era en grado sumo, pero ¿por qué mantener a raya esa zona de penumbra donde podían estar las claves de lo que buscaba?

Es un hecho. La guardia era más fuerte hacia adentro que hacia afuera. ¿*Homo et sibi lupus*? ¿Existe el terror

de ser devorado desde adentro por potencias incalculables, desmesuradas, ingobernables, de inquieta latencia en la tiniebla interior, o que pueden entrar a través de ella? ¿Había estado yo protegiendo una pequeña isla de cordura y calmada racionalidad donde pudiera construir en seguridad mis estructuras teóricas?

Cuando yo reflexiono no me sitúo en el mundo luminoso de las cosas mediatas, pero tampoco me sitúo —debo admitirlo— en mi propia tiniebla, sino que construyo un ámbito de extraña luz onírica. El fondo de mi mirada es tiniebla —lo reconozco— pero frente a ella hay un universo de pálida fosforescencia, siempre en construcción y destrucción parciales cuya materia es el pensamiento. Yo había puesto mi confianza, mi seguridad, mi esperanza y hasta mi orgullo en ese pálido universo al borde de la noche y combatiéndola, pero he aquí que una divinidad tenebrosa había irrumpido en él como un toro bravo en un zoológico de cristal.

A través del caos fosforescente miré la zona de penumbra. Vi primero niños, figuras inmóviles en blanco y negro, desvaídas como las de fotografías muy viejas. Vi a Carlos el que rivalizaba conmigo en las clases de gramática, a Valerio mejor declamador en los actos culturales, a Olinto prematuramente iniciado en los misterios del sexo, a Víctor gárrulo y tramposo. Vi a Ulises que esperaba en las esquinas a sus compañeros para caciquearlos con llaves de catch-as-catch-can, a Virgilio atleta matemático y hoy boy scout, a Narciso enclenque, miope, tímido y tartamudo, a Roberto que me regaló una correa pero luego trató de sodomizarme en un rincón del patio y yo sentí a pesar del pantalón

la presión de su pija erecta y caliente antes de romperle la nariz de un codazo. Vi a las gemelas, la masculina y la más culona, vi a Juanita la tara veranera, a Alda que era como debió ser la de Roldán, a Ramona esa avispa carnicera me picó en el paladar aquí tengo la ponzoña no me la puedo sacar, a Elisa que me prometió hacerme «gozar» si la esperaba y no vino, a Marcolina pura risa en el abrazo, a Leticia firifira y zafrica. Vi a algunos otros niños que no reconocí y a muchos carcomidos y semiborrados. La zona formaba círculo en torno a mi pálido universo despedazado y estaba entretejida de tamarindos, carutos, taparos, samanes, jovos, mamones, nísperos, mirtos, dantas, cachicamos, váquiros, lapas, toninas, cunaguaros, nutrias, araguatos, entre cuyos macilentos ramajes patas cuernos envejecían las desvaídas figuras de los niños.

Por encima de los niños vi después a adultos importantes que constituían una segunda franja circular de la penumbra. Vi a un jinete arrogante, pistola al cinto, la punta del cañón y la mira sobresaliendo de la funda, era el novio de mi prima Estílica que venía a hacer la visita. Vi a Estílica enjugándose los ojos con aire doliente antes de abrir su polvera olorosa a magnolia. Vi a un hombrón terrible ante su desayuno que me amenazó gratuitamente con caparme y mandar a freír los huevos. Vi a la obesa señora Berta, la estaban sacando tres hombres con mecates de un escusado de hoyo donde se había caído por ruptura del cajón poseta. Vi a Barazarte pequeño y gallardo, clavando una navaja en el vientre de un gigante. Vi a Blanquita Marengo en su ventana, ella es muy así, nos llamaba cuando veníamos de la escuela y se levantaba la falda para mostrarnos el vientre

desnudo mira por delante y luego se volteaba mira por detrás, luego se la bajaba, hacía una reverencia y se iba. Vi una turba de hombres borrachos que gritaban viva la democracia, vi una procesión del santo sepulcro, vi tres hombres desgranando maíz. Vi a Don Antonio Márquez Sánchez bañándose desnudo en el río, me sorprendió que tuviera la pija tan pequeña y las bolas tan grandes. Vi a muchísimos otros deshaciéndose, nunca pensé que había conocido tanta gente. Todos descoloridos, todos mustios, todos enredados en una mustia maraña de caballos, naranjos, perros, maizales, becerros, yuca, vacas de ordeño, mamones, burros, mandarinos, gatos, semerucos, abejas, mangos, cochinos, trojas de parcha.

Por debajo de los niños ya no era penumbra sino umbra casi total, pero débiles reflejos en dudosos perfiles dejaban adivinar un hemisferio pavoroso de aguas negras, raíces, gusanos, rollos de lombrices, culebras ciegas, ratas, piñones, alacranes, picapica, ciempiés, chireles, sietecueros, espinos, donde habitaban el finfín, la sayona, el coco, la llorona, la bola de candela, mandinga, Maríacastaña, guardajumo, el diablo que empuja el brazo a los que juegan con armas, el diablo Briceño, los espantos, el tirano Aguirre, Simón Bolívar nació en Caracas se echó tres peos y mató cien vacas, la viuda negra con el niño empalado, Pedro el Malo, los tres decapitados, la niña Florinda costurera cegata de larga aguja, que confunde los ojos de los niños con botones.

Desde mis fosforescencias mortecinas vi en el cenit de la penumbra la majestad severa del padre y de la madre, del bachiller Castejón con su palmeta y de la señorita Hilda

con su regla. Detrás de ellos una ventana circular No quise ver lo que allí había. Ya me costaba mucho sostener, aún por pocos segundos, la mirada muerta de los cuatro.

Mi pálido universo de reflexión siempre estuvo en el centro de esa esfera penumbrosa. Pero ella nunca estuvo realmente inmóvil; a veces se alejaba ampliándose y quedaba tan lejos como las estrellas; a veces se acercaba contrayéndose e invadía, sobre todo en la duermevela y el sueño, luego mi guardia limpiaba con gran diligencia las calles, las plazas, los techos, las torres y hasta las alcobas expulsando criaturas viscosas, tejidos purulentos, estrellas de mar, trompos, cuadernos de ceros y palotes, palabras pegajosas, serpentinas de carnaval, pedazos de canciones, moco y lágrimas de niño castigado, temblor de iniciación, dedos fríos de finfin.

Además, solía ocurrir en cualquier momento que una de las figuras se animara y me hiciera señas, o bien me acechaba con pudenda intención. Conversaba yo con alguien y descubría de repente que una de ellas había usurpado el puesto de mi interlocutor; a veces llamaba a Manuela, Blanquita, Estílita o Alda y ella malentendía. Se iba un cliente con su tesis encuadrada en diez ejemplares y yo me daba cuenta que había sido Barazarte pequeño y gallardo. Si lograba pensar y formular una idea con claridad el bachiller Castejón me felicitaba. Si al pasear de noche me inquietaba un desconocido, era Ulises esperando en la esquina con sus llaves de catchascatchcan. Cuando leía relatos mitológicos Tifón y los titanes eran hombrones terribles ante su desayuno, Penélope era Estílita, Juanita Atenea, Zeus mi papá. En los libros de historia los libertadores todos habían naci-

do en Caracas, se echaban tres peos y mataban cien vacas; los bárbaros entraban en Roma y las turbas del gran Kan en Pekín gritando viva la democracia. Las virilistas inglesas a través de los medios y de las mediadoras me picaban en el paladar aquí tengo la ponzoña no me la puedo sacar. Destellantes de reproches los ojos de la señorita Hilda me robaban más de la mitad del placer y sus clicks de desaprobación me amargaban el resto. Las reuniones sociales podían volverse maraña de animales árboles espantos.

Los mantenía a raya, a veces no sin cierta dificultad, cuando me daba cuenta; pero ¿cómo puedo saber cuántas veces se apoderaban de mis ojos y de mis manos subrepticamente? ¿Cómo sé que mi búsqueda teórica no es el laberinto de algún juego infantil? ¿Y si toda mi reflexión era un tour de force, un Bravurastück, para arrancar aplausos y premios a ese cóncavo teatro donde el heteróclito auditorio se encrespaba a veces en pandemónico vocerío?

ONCE

Sí. Yo había estado dividido. Pero ahora, una de las divisiones yacía quebrada en pedazos y yo comprendía que no podría reconstruirla. Desde escombros fosforescentes miré la cóncava penumbra. Tampoco podría renunciar a mi pálido universo de reflexión; no podría reconstruirlo como era antes; pero en la mirada había voluntad de reconstrucción. ¡Ay!, gran arquitecto infatigable. Los mundos son dados, pero el universo ha de ser construido con pensamiento consciente y sólo el universo es habitable para el hombre.

La esfera estaba quieta. En sus gastados altorrelieves dormían las figurillas, entrelazadas las unas a las otras. Recorriéndolas con la mirada vi que formaban esquemas jeroglíficos, signos, una escritura apta para dar paso a gestos tenebrosos sobrehumanos, constelaciones marchitas en su insegura luz onírica pero capaces todas —cada una según su signatura— de abrirse a la acometida impetuosa de entidades conscientes articuladas en estructuras negras, huracanadas, explosivas, devastadoras.

Llegado a este punto comprendí que estaba dramatizando demasiado: la vieja guardia agonizante no se rendía, peleaba todavía. No que no fuera cierto todo lo que estaba pensando; pero la vieja guardia, al presentarlo, lo hacía aparecer no sólo terrible sino también extraño y desconocido, en un intento final, desesperado, por mantener a raya los centros superiores de tiniebla. Descansa ya, noble guardia, tu tarea ha terminado, el universo que defendías ya no existe; pero yo sigo existiendo y tal vez construya otro universo, más firme que el primero, donde tú resucitada tengas tareas nuevas.

En efecto, las potencias animadoras de las figurillas jeroglíficas, si bien en esos momentos resultaban terribles y extrañas, no eran en ningún caso desconocidas. Habían sido cuasi olvidadas, pero en otro tiempo fueron íntimamente familiares. ¿Cómo así? Cuando yo cumplí siete años comenzó la construcción de un universo que las excluía, a los catorce años se intensificaron los trabajos, a los veintinueve ya estaban listas todas las edificaciones, a los veintiocho se consolidó la guardia. Con razón llaman en mi pueblo a los siete años la edad de la razón, cuando los padres pueden comenzar a darle a los hijos pelas explicadas y aconsejadas.

Antes de que yo cumpliera siete años, los dioses jugaban conmigo, me instruían y protegían. Aunque no los conocía por nombres, sabía llamarlos y ellos venían. Aunque no sabía la palabra amor, los amaba; amaba incluso a los que me asustaban y disfrutaba su terror. Aunque eran todos tenebrosos convertían en signo y en vehículo las cosas luminosas. Aunque podían tocarme directamente, muchas veces llenaban de adorada tiniebla los rasgos, los gestos y

discursos de los niños y adultos que me rodeaban, los colores, olores y sabores de las plantas, el vuelo y el canto de los pájaros, la amenaza espeluznante de fieras y de endriagos, los secretos de la lluvia y el viento. Me habitaban sin daño y sin malicia mientras yo jugaba. En estremecimientos del cuerpo me comunicaban todas las claves de todos los misterios. Yo me dormía en sus brazos y en sus brazos crecía.

El universo pálido de la reflexión los desterró, pero ellos, además de hacerse presentes mediante la animación de sus figurillas jeroglíficas y esa vez mediante la invasión súbita, también se manifestaban de otras maneras. Supersición. Angustia indefinida que flota libremente. Grima ante ciertos objetos. Fobia. Aprehensiones y recelos. Sentimientos de contaminación. Compañía en la soledad. Soledad en la compañía. Sensación de haber sido abandonado súbitamente por alguien invisible cuya presencia no se notaba por ser permanente. Cosas, personas y actividades que adquieren un prestigio misterioso. Me inquietaban los paraguas amarillos y los hombres de repliegue epicántico. Después de darle la mano a un sacerdote tenía que irme a bañar. Me producían impotencia las mujeres con zarcillos de material plástico. Me daban asco los ministros dequeístas. No volvía a las casas donde me ofrecían whisky. Las personas con nariz brillante de sudor me estimulaban los movimientos peristálticos. Si veía limones me sentía seguro. Pagaba cualquier precio por una torta de casabe entera. No podía irme de una playa lluviosa ni comprar nada cuyo precio terminara en 9,95. La vi, tan hermosa.

Mi guardia expulsaba sistemáticamente todas esas formas ladinas sutiles de tiniebla: pero en esa ocasión se me

ocurrió que a través de ellas podría llegar a contactos incruentos con los dioses en vistas a una reconciliación y, por qué no, a una reconstrucción del pálido universo dando carta de ciudadanía y plenitud de derecho a todos los exiliados.

¿Por qué no? ¿Por qué no reconstruir el pálido universo de la reflexión ampliándolo con la participación de la tiniebla exterior, permitiendo que su luz mortecina se entretajara con vivas corrientes de sombra? O mejor dicho ¿por qué no aceptar consciente y sobriamente que todo pálido universo de reflexión está ya entretajido con la sombra? Esto permitiría tomar en cuenta una plenitud mayor y no tener sorpresas catastróficas por haber cerrado los ojos a una gran parte de lo real relegándola a una custodiada periferia de insegura frontera.

Por una parte, yo no podía engañarme ya más sobre la existencia de los dioses. Así como, en ocasión del encuentro retardado con Manuela, me invadió cataclísmicamente la divinidad erótica cuyo nombre no oso pronunciar, así también en ocasión de la ira muy bien podía ocurrir que me invadiera una divinidad bélica y sanguinaria cuya cercanía he sentido muchas veces sin llegar al contacto. No puedo negar que en los momentos de tristeza, desánimo y desencanto me rondan las diosas de la muerte. Mi profesión de encuadernador no está sostenida sólo por la necesidad de ganarme el pan, cualquier otra serviría para eso; la irradiación de una divinidad le da sentido. Y esta investigación misma que estoy poniendo por escrito ¿no se va madurando al rescoldo de una sombra innominada y poderosa?

Además, comprendo claramente que no es lo mismo la irrupción súbita de lo numinoso y la exacerbación paroxística

de una emoción o de un estado de ánimo, así como no confundo la presencia suave y persistente de lo numinoso con lo que vulgarmente se llama motivación; ésta puede explicarse a partir de intereses ordinarios; lo numinoso, en cambio, es siempre incomprensible y enigmático.

Por otra parte, sé que el fondo de mi mirada, yo, es tiniebla y está estructurado en su convexidad exterior de una manera tal que presenta relaciones de correspondencia y afinidad con los sectores de la concavidad esférica que rodeaba a mi pálido universo. Hasta tal punto así, que a veces no sé si la convexidad de mi mirada percibe o proyecta la concavidad de la esfera jeroglífica.

En vista de todas esas consideraciones llegué a una conclusión: no rechazar ya más la sombra, antes bien aceptarla consciente, sobriamente. Y tomé una decisión firme: recomenzar la reconstrucción de mi pálido universo. Todas mis com-prensiones anteriores se articularían en un nuevo diseño arquitectónico; ninguna se perdería realmente: la edificación futura hermanaría fosforescencia y opacidad, sólidas estructuras luminiscentes y vanos sin puerta ni cortina para la libre circulación de la tiniebla.

Consolidado, reconfortado y animado por esa nueva esperanza, me tranquilicé y me quedé dormido en la misma posición que había adoptado para pensar. Soñé que yo era un dios mostrenco y enfermo, expulsado de la sagrada noche de los dioses, y que construía un universo imperfecto, parecido al palacio de Minos, atravesado en todas direcciones por canales, tuberías, conductos, albercas, bañeras, cloacas donde circulaba caprichosamente el agua de la nada y donde yo me encarcelaría para siempre rumiando

mi desgracia. Luego mi sueño debió volverse más profundo porque no recuerdo ninguna otra visión.

Cuando me despertaron los ruidos citadinos del amanecer, Manuela se había marchado ya. Busqué en vano alguna nota suya en el espejo del baño, en el pizarrón de las cuentas, en la mesa de encuadernación. Me sentía desolado y fuerte.

DOCE

Desolado y fuerte, cumplí los ritos higiénicos de la mañana y tomé café. Desolado y fuerte cumplí los ritos profesionales de la mañana: revisé mi lista de encargos y compromisos, puse mis papeles e instrumentos en orden. Desolado y fuerte tomé tres decisiones económicas; primero: no leería más los originales que me traían; hasta entonces yo leía cuidadosamente todo trabajo científico o humanístico llegado a mis manos profesionales para enterarme de su contenido e instruirme y para corregir errores de ortografía involuntarios y lapsus machinae; con una excepción: me negaba en redondo a aceptar trabajos de pedagogía y sociología para no embasurarme la mente y las manos con semejante bazofia. Segundo: no volvería a la biblioteca pública, pues para la tarea pendiente no necesitaba más información de la que ya tenía. Tercero: entregaría mi actividad de fotocopiar, compaginar y encuadernar a los hábitos; aunque yo había formado hábitos eficientes, siempre atendía conscientemente mi labor para garantizar resultados óptimos; innecesariamente, prurito de excelencia,

no más; necesitaba el máximo de tiempo para dedicarlo a mi nueva empresa.

Y me puse a trabajar. En esa mañana se trataba de fotocopiar, encuadernar y empastar en diez ejemplares un largo ensayo titulado Descripción, explicación y tratamiento de la esquizofrenia en el horizonte de una analogía con procesos cuánticos reversibles. Mientras mis manos y mis ojos se afanaban con papeles, máquinas eléctricas, prensas, guillotinas, cartones, espirales de lomo, cintas adhesivas, letras de oro, bajo la dirección de una inteligencia mecánica hipostasiada en movimientos hábiles y diestros, yo reflexionaba.

La tarea no era fácil. Había sido difícil ver, aceptar, decidir y decir; pero más fácil era hacer. La dificultad inicial saltaba a la vista. Si bien los fragmentos fosforescentes del cosmos destruido habían sido conquistados o creados por mi reflexión, si bien se encontraban a mi disposición y eran susceptibles de ser manipulados para la nueva construcción, no sucedía lo mismo con las corrientes tenebrosas, pues ellas eran inescrutables, de aparición impredecible en cuanto al momento y la intensidad. Yo podía construir una gran edificación expuesta a la intemperie divina, abierta y sin defensas, pero ¿puede llamarse universo aquello que a cada instante puede ser saqueado y demolido, sobre todo si su finalidad es que sea habitable? No. Pero puede hacerse de tal manera adaptado a la irrupción de los dioses que constituya un templo, es decir un sexo femenino múltiple, intrincado, flexible, lábil, perverso, polimorfo, siempre listo y bien dispuesto para cualquier penetración, violación, estupro, posesión, violencia y siempre capaz de concebir y crecer. Un universo biológico sui generis.

Fácil de decir. Difícil de diseñar. Además de los problemas arquitectónicos de tipo técnico, la gran pregunta ¿cómo hacerlo resistente sin conocer las características de los dioses? ¿Cómo calcular el tamaño de sus aberturas, la resistencia de sus materiales, las curvas de su entraña, los umbrales de terror, las reservas de recuperación, la vuelta al equilibrio después de los sismos?

Era urgente conocer mejor a los dioses. Mi relación había sido involuntaria, espontánea, silvestre, subrepticia, relegada a un segundo plano, excluida del centro de atención. La irrupción repentina de la diosa cuyo nombre no oso pronunciar me había obligado a plantearme la cuestión de frente. ¿Qué hacer? Decidí no reconstruir de inmediato el pálido universo, sino vivir provisionalmente en precarias edificaciones transitorias mientras creaba y criaba un sacerdocio. Yo mismo me multiplicaría en sacerdotes y, en caso de peligro supremo, me refugiaría en el fondo de mi mirada como en una cueva negra.

Explico lo del sacerdocio. Se entiende a partir de la finalidad: construir un universo que no fuera extraño a los dioses donde pudieran entrar, morar, salir, volver, sin causar destrucción.

Explico lo de multiplicarme en sacerdotes. Se trataba de dividir mi interioridad y formar en ella pequeños centros de consciencia, pequeños yoes, cada uno encargado de una tarea específica dentro de un proyecto general encaminado a la previsión, codificación, cálculo y, si es posible, gobierno de las relaciones con los dioses.

Yo conocía muy bien la división de mi interioridad. Se producía de manera espontánea e inocua. A veces por

estratificación: mientras en un nivel de mí mismo yo me ocupaba eficientemente de un asunto, en otro me ocupaba de otro y en otro más profundo de un tercero, sin que interfirieran los unos a los otros. A veces en un mismo plano por diversidad de objetos: mientras estudiaba álgebra en la biblioteca acechaba los movimientos de la bibliotecaria sin perder el hilo de mi estudio. También con el cuerpo me era posible dividir la atención, como en esos juegos de hacer una cosa con la mano izquierda y otra con la derecha. Y en la música ni se diga; al tocar cuatro, llevaba el ritmo con la derecha, la armonía con la izquierda y la melodía con la garganta. Yo conocía bien, además, ciertos yoes obcecados que me habían nacido y crecido por ahí no sé cómo, cada uno con su tema, cada uno queriendo gobernarme en su fase maníaca.

Para la operación sacerdocio procedí adrede. Creé, crié y entrené a plena consciencia varios yoes, uno después de otro. Al primero le encargué la vigilancia perpetua de los dioses; debía estar siempre despierto y alerta observando las presencias divinas, su manera de acercarse y alejarse, la intensidad de su fuerza, su carácter benévolo o malévolo, su actitud ante mi conducta, los actos que los atraían o repelían. Debía observar con reverencia lúcida o con aparente despiste, no fuera a ocurrir que una atención demasiado evidente y crispada produjera el ocultamiento o la ira de los dioses. Lo numinoso suele esconderse o irritarse ante la mirada indiscreta.

Ese pequeño yo, pensé, ese pequeño detector y calibrador de dioses, pasaría inadvertido, porque no era sino un humilde un pseudóftalmo de mi consciencia, y lograría

su objeto como pseudópodo de ameba logra el suyo. Lo instalé, pues, en su trabajo teoscópico como a una insomne lamparita votiva de negra llama.

Al segundo le encargué la recopilación y el ordenamiento de toda la información que pudiera obtener del análisis de las experiencias de comunicación numinosa ocurridas espontáneamente durante mi vida desde la infancia, más las observaciones sistemáticas del yo teoscópico. Lo entrené, pues, en todas las técnicas de que pude echar mano y lo dejé en su trabajo de computación teológica después de haberle recomendado muy especialmente no cerrar nunca sus esquemas en forma definitiva, sino dejarlos abiertos para recibir cualquier nuevo dato y tomar en cuenta cualquier nueva corrección, de tal manera que siempre pudiera reestructurarse in toto el cuadro general si fuera necesario.

Al tercero le encargué el diseño de ritos apotropeicos y de ritos invocatorios. Su tarea sería en extremo delicada. Con el asesoramiento continuo del yo teológico debía inventar la manera ritual de evitar, barajar, desviar o por lo menos disminuir o retardar la irrupción violenta de un dios cuando la iniciativa era de él y a nosotros no nos convenía de momento; por otra parte, cuando la iniciativa era nuestra y el dios renuente, él debía inventar la manera ritual de llamarlo. Todo eso, claro está, en plan peligrosamente experimental. Lo autoricé para ensayar los ritos de las religiones tradicionales o, mejor dicho, los principios que les sirven de fundamento. Si tenía éxito, se facilitaría mucho la nueva construcción del pálido universo, especialmente con invocaciones oportunas.

Al cuarto le encargué el apaciguamiento, la *captatio benevolentiae* de todos aquellos númenes cuya hostilidad resultara evidente a los tres yoes anteriores. Le di permiso para recurrir a todos los medios, y autoridad para exigir auxilio de los demás yoes.

Al quinto le encargué el establecimiento del culto general con su escala de dulía, hiperdulía y latría, con sus sacrificios y súplicas, con su parafernalia litúrgica, con sus fiestas periódicas, con su clasificación de los días y de las horas. Le ordené que no redundara, ni abundara, ni mucho menos inundara con ceremonias no indispensables o que perdieran efecto.

Al sexto le encargué la elaboración de un código moral que prohibiese estrictamente pensamientos, palabras y actos capaces de irritar a los dioses, e impusiera perentoriamente las conductas gratas a ellos. Yo no sentía ni la más mínima resistencia a cumplir ese código, fuera como fuera, porque nada era más importante para mí en ese entonces que lograr mi meta arquitectónica.

Al séptimo lo encargué de la iconografía. Debía ser experto en las figurillas y sus constelaciones, debía conocer minuciosamente sus rasgos, debía ser erudito en sus diferentes niveles de significación, debía poder dibujarlas y usarlas mágicamente. Tendría el privilegio de ayudar decisivamente a los yoes tres, cuatro, cinco.

Días y días de trabajo interior. Mi vida exterior entregada voluntariamente a los hábitos, eficientes servidores. En la penumbra de la concavidad esférica rielaban los jeroglíficos, pletóricos de inminentes centelleos. Mantuve mi espalda lo más cerca posible de la cueva negra mientras hacía los preparativos arquitectónicos.

¡Cierra!

TRECE

(Larga nota del editor. En este punto, el editor suprimió un capítulo demasiado prolijo y, de seguro, sin interés para los lectores. Sin embargo, por un prurito de honestidad hacia el autor, se siente obligado a hacer una brevísima reseña del contenido y a poner el texto integral a la disposición de quienes lo soliciten.

Brevísima reseña. En primer lugar, el capítulo suprimido contiene ciento cuarenta y cuatro minuciosos informes del detector y calibrador de dioses, muchos de ellos inquietantes y desgarradores, todos desde una intemperie total en insomne vigilia.

Sigue una especie de teo-etología basada en una clasificación que comprende doce dioses sectoriales, nueve dioses itinerantes, tres divinidades ambiguas y un dios loco o bufón que desconcierta definitivamente al yo teológico. Además, innumerables númenes que se activan según las relaciones cambiantes entre los veinticinco principales, cambiantes según desplazamientos matemáticos de naturaleza paraastronómica. Los primeros veintidós tienen correspondencia

«luminosa», cada uno con un metal, una piedra, una planta, un animal, un color, un sonido, un perfume, un placer, un dolor, un deseo, un temor, una esperanza, un sabor, un reproche, un elogio, una queja, un número, un órgano del cuerpo, un instrumento musical, un arma, una ciudad, un río, una manera de soplar el viento.

Luego nos encontramos con el más enrevesado aparato litúrgico de que se haya jamás tenido noticia. A las prácticas consuetudinarias se agregan ritos de excepción y de urgencia comandados desde siete observatorios estratégicos convenientemente ubicados en siete lugares del cuerpo.

Después hay un código moral compuesto de diez mandamientos, cada uno subdividido en diez reglas de conducta, subdividida cada una en diez formas de aplicación.

En penúltimo lugar, un sistema completo de algo que sólo puede compararse con una heráldica exhaustiva cuyos blasones, acompañados de explicaciones e instrucciones enigmáticas, tienen valor estrictamente subjetivo, si acaso. Dibujados sobre fichas, se usan con fines oraculares en un juego de mesa laberíntico comparable sólo al mayong.

Para terminar, el autor cuenta con lujo de detalles el diseño y la construcción de un «universo», teocéntrico en el cual el conocimiento «luminoso» se alía, en el ámbito de la reflexión, con el conocimiento «tenebroso» para darle habitáculo seguro y satisfactorio al arquitecto.

Diga el lector al editor si tanta laboriosidad no es digna de mejor causa y si no tuvo razón en suprimir ese monstruoso capítulo).

CATORCE

Benditos y alabados sean los dioses todos. Por su gracia camino, mueven mi pie derecho y mi pie izquierdo. Por su gracia gesticulo y acciono. Por su gracia me yergo y volteo los ojos y el cuello para mirar hacia el frente y hacia los lados, hacia arriba y hacia abajo, para girar hacia atrás. Les debo la respiración y la circulación de la sangre. Les debo la digestión de los alimentos, el sudor, la micción purificadora, el alivio de defecar. Les debo el coito. Sin su concurso no podría sentir la agitación de mis emociones, ni mantener el ritmo de los pensamientos, ni pilotear la palabra, ni soñar. Porque ellos me aman descifro los enigmas cuya única clave es el amor. Porque ellos me odian conozco los secretos qué sólo se entregan a la clarividencia del odio. Porque me protegen estoy seguro, porque podrían aniquilar mi universo estoy postrado a sus pies. Porque son, soy.

Benditos y alabados sean los dioses todos. Desde que los reconozco y acepto, mi corazón es santo. Desde que los adoro, mi garganta y mis miembros se han vuelto ágiles y sabios para cantar y bailar mi agradecimiento. Quiero

vivir y morir en su aprisco. Ordéñenme, esquilmenme y, cuando lo decidan, devórenme; así pasaré a mejor vida en su metabolismo.

Mi cuerpo y mi pálido universo son ahora limpio templo de los dioses. Incienso y mirra. Humo y olor de sacrificios. Susurros y gritos de loa. Vestidos talares. Colgaduras de colores cambiantes según el culto. Inclinationes, genuflexiones, prosternaciones, laceraciones, flagelaciones, cilicio, súplicas, dulce llanto de entrega y goce. Benditos y alabados sean los dioses todos. Que mi oración sea incesante, que nada sea profano en mí. Amén.

El meticuloso y diligente sacerdocio había sustituido a la vieja guardia.

No sé por cuánto tiempo me mantuve en ese predicamento y en esa actitud antes de notar algo raro en la conducta de los sacerdotes. No dejaban de cumplir eficientemente su cometido; pero algo secreto y tal vez podrido los turbaba. Eran mi hechura; la causa debía estar en mí; me examiné para descubrirla.

Replegado en la cueva negra comprendí: todo aquello era humillante y oprobioso. Producía sorda rebelión: pero ésta de inmediato generaba culpa y miedo de castigo, tal vez deseo de castigo. El sentimiento de culpa a su vez intensificaba y multiplicaba los actos de reverencia, humildad, sumisión.

El primer eslabón de la cadena turbadora era el sentimiento de humillación. Lo examiné en su raíz. Orgullo, altivez, arrogancia aparecieron. Traté de disolverlos pero no pude porque nacían de un suelo nutricio muy fuerte. Profundicé.

Encontré un poderoso sentido de la dignidad que se veía lesionado y oprimido en mi universo teocéntrico. Me pareció ridículo resultado del amor propio, de la sobreestimación de mí mismo, de condicionamientos individualistas, defectos todos que yo creía haber superado, y procuré desbaratarlo descomponiéndolo en sus deleznales ingredientes.

No pude. Mi sentido de la dignidad tenía origen en una convicción adamantina alojada en el centro de mi ser: yo valgo más que los dioses; no soy de momento más fuerte que ellos, pero mi linaje es más noble.

Sorpresas, incredulidad, rechazo. Sensación de absurdo, de locura. Escándalo. Pero allí estaba la convicción adamantina, firmemente establecida en posición fundacional y, puesta al descubierto, esplendía.

Los esplendores eran: sede autónoma de reflexión; trono de reino sórdido pero no servil ni súbdito de nadie; voluntad libre.

Crisis. Agazapado en mi cueva negra, consideré la cuestión con temor y temblor. No podía desconocer ni negar las muy valederas razones y los bien fundamentados conocimientos que me llevaron a construir el universo teocéntrico, tan exitoso por lo demás. Pero tampoco podía desconocer ni negar la convicción adamantina, pues, a pesar de su contrasentido y su aparente disparate, tenía el irreprimible poder de desvirtuar y debilitar interminablemente todo el sólido aparato litúrgico.

Aporía. En medio de mi perplejidad caí en cuenta que la hasta entonces oculta convicción adamantina había influido mi búsqueda y había participado en el diseño de mi

universo aunque no hubiera determinado los resultados. Haciendo memoria vi que todo mi trabajo con los dioses tenía un fuerte sesgo manipulatorio regido por una secreta voluntad de poder y una creencia no analizada pero fiable en mi capacidad para gobernarlos mediante el rito calculado.

Mientras mis fieles sacerdotes allá afuera continuaban sus plegarias, impetraciones y loores entre nubes de incienso y música de órgano, yo aceleraba mis cogitaciones en la cueva negra, en el fondo de mis ojos.

El sentimiento de humillación era generado por la actitud de reverencia y veneración acompañadas de respeto y amor. Si yo las hubiera fingido, no me humillarían tanto; se trataría de un ardid deliberado. ¿Me había yo engañado a mí mismo para engañar a los dioses? ¿Es posible engañar a los dioses deliberadamente? ¿Creí yo mismo para ser digno de crédito? ¿Un yo mío desconocido, más astuto que mi yo consciente, es capaz de gobernar mi conducta? ¿Es posible que yo sea impenetrable para los dioses? ¿Puedo pensar sin que vean mis pensamientos?

Aposté a que no adivinarían mis pensamientos mientras yo me escondiera en la cueva negra, y seguí mis cogitaciones. ¡Ninguna centella me fulminó!

Caminando de espaldas hacia atrás penetré más profundamente en mí mismo para conocer esa sabiduría mía secreta acerca de los dioses, pues ella generaba la convicción adamantina o era generada por ella. Y vi.

Los dioses, los inmortales dioses, tienen forma definida, están determinados por su esencia, no son libres, hacen lo que hacen porque son como son. Grandes bestias

tenebrosas gobernadas por la necesidad de su naturaleza, comparables a las fieras del mundo visible gobernadas por su sistema de instintos. Razón petrificada. Verbo escrito y fijado para siempre, sagrada escritura inmutable. Yo en cambio, en mi centro de tiniebla, soy vacío indefinido, haz de posibilidades. Suelto, libre. Habla soy.

Soy un ámbito de despliegue para los dioses inmortales, es cierto; pero puedo cobrar consciencia de mi situación y actuar por mi cuenta aunque deba pagarlo con mi ser. Hasta dónde suba, hasta dónde baje, hasta dónde explore, qué construya, qué aniquile depende, en gran medida, de mí.

Entiendo. Mi linaje es más noble. Entiendo. Es humillante edificar un universo teocéntrico como si los dioses fueran dignos de adoración.

Timor deorum principium sapientiae es una máxima de prudencia. Temor igual alerta, cuidado, atención. Hay que guardarse de ellos como de las serpientes, la peste, la ceguera, como me guardo de la tenebra tersa y traidora de tus ojos, Manuela. Son fuertes, fortísimos, irresistibles. Pero ¿son también realmente invencibles?

La indagación y la deliberación culminaron en decisión: guerra a los dioses. Desconociendo mi nobleza, yo me había humillado indignamente ante ellos, los había reverenciado y venerado por confusión, los había adorado por imbécil; pero en parte y sin darme cuenta preparaba la guerra. El universo geocéntrico, mirado ahora con ojos de estrategia, era un dispositivo militar, un artillugio bélico, bien adecuado por cierto a mi grado de comprensión y a mis recursos.

Establecí mi cuartel general en la cueva negra. Astucia y valor era mi divisa. Adquisición de territorio propio, libre y soberano era mi propósito inquebrantable. Ordené de inmediato intensificar las fiestas y los sacrificios, las ofrendas y las plegarias. Los sacerdotes, mis sacerdotes, comprendieron en secreto y cesó aquella turbación, aquella sorda rebelión que estremecía su ser prestado.

Tú que adoras, tú que rezas, tú que te prosternas en los templos ante el lugar santísimo, osa entreabrir los ojos disimuladamente, observa y examina, porque un día recibirás la orden de levantarte y atacar. Cuida los instrumentos del culto porque un día serán armas de asalto. Aprende a pronunciar bien las palabras sagradas porque un día resonarán en tu grito de guerra y de liberación.

QUINCE

Por sobre toda guerra bella, bella es la guerra contra los dioses. Desatada en mí la hostilidad, pude ver con mirada implacable lo que la reverencia no vería jamás: el candor de los dioses. Mienten a veces, pero sus mentiras son infantiles; no saben engañar.

Con mirada implacable vi la docilidad de los dioses a sus inclinaciones y rechazos. Las cosas luminosas les son indiferentes por lo general, pero cada uno de ellos siente atracción o repulsión ante ciertos objetos y no sabe resistir. El dios Lamda, por ejemplo, gusta del eucalipto y del enebro, la diosa Ro rehuye el semen de caballo, los gemelos Myny buscan la espuma de alta mar cuando alguien la lleva a las montañas, Delta no puede acercarse al hierro fundido, ni Épsilon al vino cuando rojea y esparce su color por las habitaciones, Ómicron corre despavorido ante el almizcle y Pi se solaza en los ojos del tigre, Sigma embiste, derriba y desbarata toda construcción donde haya elíxir paregórico y alcanfor sobre una tabla de planchar. Uso nombres ficticios; si dijera los nombres verdaderos, vendrían de inmediato.

Con mirada implacable vi el poder de figuras geométricas, números, letras y sonidos sobre los dioses. Con reverencia ya había logrado ver una relación de afinidad y correspondencia. Sobre esa relación mis sacerdotes habían diseñado los ritos de adoración; pero ahora veía la relación de poder y comprendía por qué algunos ritos eran efectivos y otros no. Mucho en las ceremonias era innecesario: el principio activo era geométrico, aritmético, gramático o musical y podía usarse solo. Los demás ingredientes de las ceremonias no impresionaban a los dioses, me impresionaban a mí mismo y me reforzaban el estado de ánimo reverente que generaba el sentimiento de humillación.

Con mirada implacable vi también que los dioses tienen entre sí relaciones de atracción y rechazo. Podía librarme de uno invocando al contrario: se ponían a pelear y me dejaban a mí de testigo. O invocando al afín; se entretenían el uno con el otro y me olvidaban.

Fue una guerra científica. La victoria se produjo a través del conocimiento. La victoria consistía en poder vivir sobre la convicción adamantina, lo más firme que había encontrado, y en sus esplendores: No soy de momento más fuerte que ellos, pero mi linaje es más noble; tengo derecho a una sede autónoma de reflexión, a un trono de reino, sórdido tal vez, pero no servil ni súbdito de nadie; tengo derecho al ejercicio de mi libertad.

Envalentonado, disolví el sacerdocio y transformé a los sacerdotes en científicos y técnicos de la siguiente manera. Al primero, al detector y calibrador de dioses, lo convertí en investigador. Debía continuar su trabajo heurístico, estar atento a nuevas manifestaciones divinas, diseñar nuevos

métodos de observación que incluyeran la experimentación y hacer todo eso sin que la reverencia ni el horror de lo numinoso le nublara la mirada.

Al segundo, al teólogo, lo pasé a un trabajo sistemático de clasificación y etología de los dioses, tal como el que hacen los zoólogos.

Al tercero, el liturgo, lo convertí en técnico diseñador de artilugios y dispositivos manipulatorios desnudados de todo el aparato ceremonial prestado a las religiones tradicionales y limitados económicamente a lo eficiente. Le puse de ayudante al cuarto, como encargado de trabajos especializados.

Al quinto y al sexto les encargué el diseño de las conductas más sensatas y prudentes para mantener mi libertad al abrigo de la intervención divina y mi universo —el nuevo que iba a construir— limpio de toda contaminación numinosa. Ningún dios flagrante invadiría desde afuera mi vivir.

Al séptimo le ordené echar a la basura toda su iconografía y toda su heráldica y dedicarse a la elaboración de un lenguaje artificial, completamente formalizado, que permitiera el manejo inequívoco de los conocimientos salvadores, esos conocimientos aureolados por el prestigio de la victoria. Las figurillas y sus constelaciones habían perdido toda su fuerza; ya no hubo más fobias ni grimas ni supersticiones ni cargas inesperadas de emoción que privilegiaran un rasgo percibido ni temores inexplicables ni aprehensiones absurdas ni hechizos misteriosos. Ningún dios abscondito invadía desde adentro mi vivir.

Me detengo para aclarar y subrayar algunos hechos. Obtuve la mayoría de los conocimientos liberadores

durante la planificación, ejecución y uso del universo teocéntrico, pero fue mi actitud de irreverencia, presidida por la convicción adamantina, lo que les dio el sesgo victorioso. Sin embargo, no hice ningún daño a los dioses. Lo que hice fue marcar territorio; como los perros y los pájaros. En nada disminuyó la majestad, la gloria, el poder de los dioses. Yo los seguía admirando, más que antes, porque ya no les temía. Creo, además, que son autónomos y autosuficientes. No me necesitan. La existencia de mi pequeño territorio independiente en nada puede perjudicarlos. La manipulación se limitaba a tenerlos a distancia o a tenerme yo a distancia. Una isla no perjudica al mar. Por otra parte ¿no era posible establecer más tarde con ellos, relaciones de otro tipo? Después de todo éramos parientes por línea de tiniebla.

Ocupé, pues, el trono de mi sórdido reino, sórdido sí, pero no servil ni súbdito de nadie. Me sentí a mis anchas dentro de mi legítima autonomía. Me dispuse a ejercer sin trabas mi libertad.

Mientras tanto, mis hábitos preparaban café en la mañana para entonar el cuerpo, recibían encargos, fotocopiaban, encuadernaban, emparejaban en la guillotina, ponían títulos con letras de oro, entregaban pulcros volúmenes, recibían el pago, compraban materiales y alimentos, me bañaban, iban a la lavandería, daban paseos, satisfacían con Manuela la necesidad fisiológica y afectiva sin intervención de la diosa cuyo nombre ni aún entonces osaba pronunciar, regateaban, se permitían ciertos lujos.

Procedí al reconocimiento de mi territorio. Por todos lados, la concavidad esférica de tiniebla donde moran los

dioses; en el centro, yo tiniebla entre los dioses y yo, la parte luminosa de mí mismo, los seres mestizos de luz y de tiniebla como yo, y los seres puramente luminosos.

En torno a mí (en torno a yotiniebla), el pálido universo de reflexión donde se alzaban ahora las recientes instalaciones tecnológicas operadas por pontífices y flámines convertidos en científicos que, por cierto, efectuaban a la perfección su trabajo teopotropeico.

Mi tarea: rediseñar, redimensionar, reconstruir el pálido universo. Para su trabajo cosmopoyético, la reflexión cuenta con el conocimiento luminoso, mediado por los sentidos, el entendimiento, la imaginación y la razón; cuenta con el conocimiento tenebroso inmediato; cuenta con la pasión de unidad coherencia plenitud totalidad; cuenta conmigo que estoy agazapado en el fondo de mi cueva negra, atrapado en una diferencia que me encarcela y me libera y me angustia.

Comienzo de nuevo el juego pero no todo es igual. Soy dueño de mí mismo y de mis circunstancias.

Como estaba cansando y tranquilo en vez de ponerme a trabajar me dormí. En sueños me vi de nuevo como dios mostrenco y enfermo, expulsado de la sagrada noche de los dioses. Tenía un ojo de zafiro resplandeciente y un ojo negro como un pozo profundo. Los nervios ópticos se cruzaban en la cabeza transparente y descendían hasta los dedos por el cuerpo transparente. Las manos amasaban en el vientre barro de vísceras trituradas, mientras las piernas se fundían en cola puntiaguda, mitad arena mitad fuego, para trazar círculos violáceos, pentágonos de nácar, áureos triángulos sobre un plano evanescente.

DIECISÉIS

Desperté y me levanté a trabajar. Mi reflexión se había vuelto pura y cristalina, limpia de dioses. Mi universo sería un palacio de cristal. Lo fui elevando en todas direcciones desde el centro, consciente de cada movimiento, dándome cuenta y razón de cada estructura, gobernando la disposición de las partes desde la unidad cohesionante de la idea, y, cuando lo terminé, vi que era bueno. Así pasé la mañana y la tarde del primer día de libertad.

Observé que todos los seres luminosos, tenebrosos y mestizos tenían en él un reflejo adecuado no sólo en lo individual, sino también en cuanto a las relaciones de los unos con los otros y su jerarquización. Disponía de una representación completa de todo cuanto estaba fuera de mí y se me hacía accesible por las dos formas de conocimiento. No necesitaba viajar, porque en mi perfecto universo de reflexión, tan simétrico tan racional tan cristalino, todo estaba representado con justeza.

Pero observé también, con asombro, que no podía distinguir entre el original y su reflejo. Era como si el reflejo

hubiera sustituido al original o como si nunca hubiera habido diferencia entre un original y un reflejo; tal diferencia fuera una ilusión creada por la contaminación numinosa, por mi primera actitud de hacer como si no existieran dioses y por mi segunda actitud de reconocerlos y adorarlos; la postguerra —se dijera— ponía las cosas en su puesto.

En tal caso —pensé— yo no había construido el universo pálido de reflexión, sino que solamente lo había descubierto y limpiado, o, mejor dicho, lo había descubierto al limpiarlo. Recordé las pirámides de Egipto. Algunos egipólogos afirman que ningún faraón las construyó, que son herencia de una civilización anterior en mucho a ellos, que el verbo construir de las inscripciones es una mala traducción, pues el verbo original significa restaurar y adornar.

En tal caso —seguí pensando— sólo existen realidad y consciencia. Yo me había equivocado; sin darme cuenta había distinguido entre yo consciente por una parte y realidad por otra, poniendo entre las dos el conocimiento; éste se construía en el intento consciente de pasar a lo real, como territorio intermedio más o menos adecuado a su objeto, lo cual daba lugar a construcciones sucesivas en una aproximación que no llegaría nunca a la identidad. Ahora resultaba que la consciencia podía limpiarse a sí misma y acariciar lo real directamente. Lo que yo había llamado conocimiento, en la medida en que era verdadero, formaba parte de lo real aunque se presentara en mucho como estructura de la consciencia. La consciencia no tiene estructura. Todo lo que se presenta como estructura o como lo que sea ya no es consciencia sino objeto, está de lado de lo real.

Pasé la mañana y la tarde de mi segundo día de libertad en esa confusión y vi que era mala.

Al amanecer me encuentro con la siguiente novedad: el palacio de cristal, forma presente del pálido universo, abarca todo, también a los otros hombres, también a Manuela y a los dioses, abarca todo y no depende de mí en nada; la diferencia entre el otro y lo otro pierde importancia, se trata en todo caso de otro. Abarca todo, excepto a mí. Quedamos solos él y yo. Como el viento golpea los aleros de piedra sin hacerles daño y penetra en las habitaciones de piedra sin alterarlas, sin hallar respuesta, así yo consciencia yo insubstantial acaricio las aristas impasibles. El palacio ni siquiera es mío. No tengo pareja. Viudo tenebroso, inconsolado, me pregunto, viudo de quién, exiliado de dónde, príncipe de qué Aquitania perdida. Qué reina olvidada me enrojeció la frente con un beso. Así pasó la mañana y la tarde del tercer día de libertad y vi que era atroz.

Al despertar recorrí el palacio en todas las direcciones. Tenía la unidad de la esfera, pero sus compartimientos interiores exhibían todas las formas poliédricas regulares. Cada cristal individual dentro del gran cristal repetía especularmente las simetrías de todos los demás, creando la ilusión de infinitud. Creando además toda clase de ilusiones ópticas. La variedad de formas se complicaba porque algunos eran transparentes incoloros, translúcidos incoloros, u opacos incoloros mientras que otros tenían colores tenues.

Pasé la mañana y la tarde del cuarto día de libertad estudiando la ingeniosa construcción del palacio y vi que era aburrida. (*Hypocrite lecteur*).

Desde la madrugada me sobrecogió la triste comprensión: yo no tenía a dónde ir ni podía replegarme al fondo de mis ojos. Estaba condenado cual fantasma a frecuentar, rondar, merodear ese pálido universo ajeno, guarida forzosamente, querencia no querida, a espantarme a mí mismo en los reflejos especulares, a repetir interminablemente un juego agotado en sus posibilidades, desde siempre perdido. Yo sabía hacer la plancha eso me salvaba de la inútil agitación; pero de nada me valía en lo fundamental pues no era ya cuestión de miedo, ni de engañarse con ocupaciones, ni de multiplicar afanes innecesarios para ocultar verdades horribles. Aun distendido en plancha no podía apartar de mis ojos las heladas simetrías de ese palacio, pues mi naturaleza consistía en que yo no podía ser otra cosa que un rayo de atención dirigido hacia allá. Además, mi diligencia de buscador y arquitecto había desnudado irreversiblemente ese hecho, de tal manera que no podría ya más esconderme en enredos psíquicos ni en enmarañamientos numinosos.

Así pasó la interminable mañana del quinto día. Así pasó la interminable tarde del quinto día y yo mirando, mirando, mirando. Me levanté tarde. Por primera vez en mucho tiempo no hice café ni me ocupé de los encargos pendientes, ni abrí el taller. Mis nobles y fieles hábitos me estaban abandonando. Sentía de nuevo la indiferencia y el desapego que habían presidido mis años de infancia y adolescencia. Me pareció que ya entonces yo sabía obscuramente de esta libertad, de este mirar absurdo y por eso las cosas de la vida no tenían para mí encanto ni atractivo.

Creí observar que el palacio de cristal se había vuelto más duro y más frío. Me invadió una forma suprema y

exquisita de abatimiento. No disminuyó mi estar ahí, pero una especie de inanición me impedía tomar cualquier iniciativa, una debilidad hizo que me sentara en el suelo. El cuerpo siguió respirando por cuenta de él, pero yo me encontraba en total inanición y no hubiera movido un dedo para evitar nada.

Tal vez alguien tocó a la puerta o era Manuela que abría con su llave. Dejé de oír. En la sima del desánimo me pregunté si había algo que tuviera para mí un interés de cualquier tipo.

Había pasado la mañana, había pasado la tarde del sexto día de libertad. Vi que no podría dormir ni descansar ya más. Me quedaría así, mirada yerta sobre universo gélido, en agonía sin muerte, para siempre.

Recordé aquel nombre que no osaba pronunciar, aquél de la diosa erótica que me había hecho caer en cuenta de lo numinoso y había desencadenado la investigación terminada con guerra y victoria. Algo de travesura infantil vibró en mí. Lo pronuncié.

Un rayo rojo y amarillo partió el palacio de cristal en dos mitades con horrísono estruendo.

DIECISIETE

Silencio. Silencio sólido, pesado, duro. Silencio espeso. Luego un golpe de gong. La diosa apareció por entre los pedazos de universo. Había escogido o fabricado un cuerpo luminoso de mujer joven. Ni harpía, ni ninfa. Joven madre. La disposición de su vestido rojo y amarillo le confería forma ovoidal, despedía rayos de nácar en todas direcciones. Recogió al encuadernador que yacía agonizante bajo su mesa de trabajo, lo alzó como a un niño lastimado y lo acunó en su seno. Se descubrió el pecho y puso un pezón entre los labios resecos. El encuadernador, como un bebé o un cabrito, mamó la inesperada teta. Leche amarga y caliente en su boca se volvía dulce en su estómago. Leche amarga y negra rebosaba abundante por el mentón y el cuello. La diosa le sostenía la cabeza con una mano, y con la otra se exprimía el seno. Ya confortado, el encuadernador se asustó y se sentó en el suelo, la espalda contra la pared, frente a la diosa. Estaba confundido y perplejo. Un hilo de leche negra bajaba desde la comisura derecha de los labios y le manchaba la camisa.

Pequeñuelo. Me subestimaste porque te sobreestimaste. Ningún hombre actual puede vivir sin los dioses, así como tampoco puede vivir sin la tierra y los seres no humanos que la habitan. Eres dual por naturaleza. Pertenece a dos mundos. Al mundo luminoso gobernado por el Señor de la Luz, Lucifer, que tiene un ojo vidente y un ojo inteligente. Ese mundo ocupa el primer plano de tu consciencia, por eso me he presentado de esta guisa y hablo este lenguaje. Todo cuanto puedes conocer por los sentidos, el entendimiento, la imaginación y la razón está en el reino de Lucifer. En él tu especie ha aprendido la domesticación de las plantas y de los animales por medio de la agricultura y la cría, ha aprendido la manipulación de los metales por medio del fuego, ha aprendido a transformar las cosas según su necesidad y deseo por medio de la industria.

Pero perteneces también al mundo tenebroso gobernado por el Señor de la Tiniebla, Sumquisúmfér, que no necesita ojos ni tiene forma alguna. Este mundo es habitado por la parte profunda y radical de tu consciencia, la que está siempre detrás de ti y nunca podrás ver. Los ojos impiden verla pero sin ella no hay mirada. Tu especie sabe poco de ese mundo aunque en él arraiga su ser. Lo habita como otrora al mundo visible antes de la revolución neolítica. El hombre no ha aprendido a vivir con el hombre, mucho menos con los dioses.

Pero tú eres un buscador infatigable y es ley que el que busca encuentre. Has comprendido confusamente que no perteneces en plenitud ni al mundo luminoso ni al tenebroso ni puedes renunciar a ninguno de los dos y por eso eres también arquitecto infatigable de universo, de cosmos

dónde alcanzar la unidad de tu naturaleza dividida. Reflexionas y construyes. Vuelves a reflexionar y reconstruyes.

Los dioses, en cambio, no reflexionamos, como no reflexionan las bestias, ni las plantas, ni los metales. Somos sin por qué, sin para qué, sin cómo. No tenemos búsquedas de sentido. Tampoco necesitamos construir universo; nuestro mundo es casa propia. Somos felices.

Tú eres el sin casa, el ignorante, el sin sentido, el sin inocencia. Busca, construye, reflexiona, fracasa, rebusca, reconstruye, rereflexiona. No he de ser yo quien me oponga a tu destino.

Por otra parte, pequeño arquitecto, me sobreestimaste porque te subestimabas. Primero te aterraste por un pequeño toque mío y construiste un universo teocéntrico para adorarnos y vivir bajo nuestra benevolencia y protección. Después te sentiste humillado y nos hiciste la guerra para salvaguardar tu libertad y tu autonomía creyendo que nuestro contacto nolens volens restringía tu existencia. Te equivocaste en ambos casos.

En realidad de verdad, los dioses estamos tan a tu disposición como las bestias del mundo luminoso. Somos salvajes; tu linaje sombrío, más noble que el nuestro, te habilita y te autoriza para domarnos y ponernos a tu servicio. En el mundo luminoso no te fue fácil domesticar toros, caballos y camellos; con magno y largo trabajo cultivaste el trigo y el maíz y el arroz; no sin peligro te entiendes con el tigre y el áspid. No mucho más difícil será tu tarea con nosotros, si eres sensato.

Tu linaje sombrío, más noble que el nuestro, te habilita y te autoriza para domarnos y ponernos a tu servicio;

pero también te obliga: nos necesitas como necesitas el aire y el agua, la tierra y sus frutos. No fue sólo por deporte que canalizaste ríos y sometiste los metales a la tortura de los altos hornos. No será sólo por juego que practicaras teología y teotecnia. Hiciste agricultura, haz teocultura. Ríndenos culto. Cultívanos.

Debes saber además, que eso a nosotros no nos perjudica ni nos beneficia. Somos inmortales. Estamos más allá del bien y del mal, del placer y del dolor. Como no beneficia ni perjudica al viento que tú hagas muros de piedra, barcos de vela y molinos de viento.

Tampoco sentimos amor ni compasión, como el fuego no compadece a los bosques en los incendios forestales, ni el agua del océano ama a las ballenas. La misma energía que destruye tu casa en forma de centella, enciende tus bombillos. Yo vengo a ayudarte y te reconforto porque sabes mi nombre verdadero y eso me pliega a tu necesidad; si me llamaras de alguna otra manera, sin saber lo que haces, te demolería con la inocencia de los aludes.

Tu especie ha sobrevivido porque algunos sabios la instruyeron, aunque muy limitadamente, sobre la manera de tratarnos. Tú sabes más. No pelees con nosotros. Sal a combatir tus combates, los que te tocan por destino, acompañado de tus bestias y tus dioses.

Si eres sensato, no te faltarán los alimentos terrestres ni los alimentos divinos que necesitas. Nútrete bien: tu linaje sombrío te impone tareas terribles que yo no puedo comprender ni me incumben.

Tu especie no ha comenzado todavía su verdadera lucha porque se enreda con nosotros, adorándonos, negán-

donos, invocándonos imprudentemente, confundiendo lo propio con lo ajeno, creyendo suya nuestra fuerza, creyéndose bestia o dios y cambiando alocadamente los centros de identificación.

No te enreden las bestias ni los dioses. Para encontrar tu identidad busca ciencia y virtud.

La diosa se irguió, adoptó la forma ovooidal, palideció, se volvió translúcida, transparente, etérea y se esfumó dejando un extraño olor a almendras amargas. Yo me levanté lleno de vigor y desolación. Contemplé el universo despedazado. Inspeccioné los cristales fragmentados y vi que eran buenos, pero no como único material de un universo mío.

DIECIOCHO

Has decidido ser sincero, decir la verdad. Lo auténtico no se detiene ante el deseo de agradar ni ante el temor de herir. ¿Por qué entonces no cuentas todo lo que pasó cuando yo te encontré bajo tu mesa de trabajo, agonizante, y te acuné en mi seno? ¿Qué pudor te detiene? La verdad sólo es casta cuando está desnuda.

Una diosa te habló, eso lo cuentas, creíste oír revelaciones importantes. ¿Por qué no cuentas también que, mientras yo te amamantaba, tus manos tus dedos audaces buscaban intentaban atraer al dios que es inmortal por ráfagas? ¿Acaso no vi tu deseo de entregarte, de ser poseído por él, de servirle? ¿No vi acaso tu deseo de mi deseo, tu mitad del símbolo buscando mi mitad para formar el círculo goético? ¿No sentí acaso el llamado ritual staccato de tu pelvis sobre mi hueso sacro?

Levántate, profeta, y mira y oye, y di cuál es la voluntad del dios que es inmortal por ráfagas.

Cada quien, al esforzarse por algo, sirve a un dios y perece para fortalecerlo. Si se vuelve poderoso es sólo

como máscara de un dios. Si su nombre perdura es sólo como advocación de un dios. Estudia a los grandes hombres y a los grandes nombres: a través de ellos espande una divinidad, la cara de surucuco, el sanguinario, el que tiene alas en las patas, la coronada de violetas, el amontonanubes, el conmovedor de la tierra, la que hiere de lejos, la rosada hija de la mañana o cualquier otra. Máscara yerta, advocación superflua el que se esforzó y se consumió a su servicio.

Me caíste en gracia porque no eras esforzado. Nunca quisiste embellecerte con adornos prestados al cielo, ni codiciaste la gloria siempre vicaria y engañosa.

Te encerraste, como un gusano, en tu reflexión para construir una ciudad que albergara tu vida y tus actos, un universo pálido en las fronteras de la noche y la luz, crepuscular capullo. A mí me tenías como sustituto cómodo de la masturbación higiénica ¿crees que no lo sabía? Me gustaba así, por lo menos eras tú, mi semejante, y no un dios. Mientras tanto esperaba. Nos enfrentaríamos algún día para saber quién eres y quién soy.

Después de tu agonía bajo la mesa de trabajo, cuando te hube amamantado y me negué a completar el círculo goético, me miraste a los ojos por primera vez. Contradícame si no es cierto. ¡Habla profeta!

Hablaré sin ser profeta. Además, no me impresiona ese tono victorioso y dominante, porque he visto. No al principio, sin embargo. Al principio no vi nada de ti. Estaba deslumbrado por la belleza cristalina de tus ojos, piedras preciosas donde la noche remueve sus hechizos. Generabas reinos fugaces de esos que se sostienen en un destello, aven-

turas de sueño en los juegos del ámbar, guerras siderales entrecortadas por los párpados.

Me salvé de quedar así embelesado para siempre porque detrás de todo el encanto estabas tú. Atravesé florestas de ilusión y llegué a una comarca húmeda y caliente.

Recuerdo las chispas de tu ojo encendido y la paz opalina de tu ojo apagado.

Calor rojizo de cavidades orgánicas lubricadas. Esfínteres succionantes, habilidosos. Vísceras agitándose para secretar y secretar. Promesa de éxtasis. Delicia. Pero no me perdí en el placer porque tú estabas más allá. Atravesé el insinuado beso cataglotismático y me encontré en una región tibia y seca.

Recuerdo el estremecimiento de tus labios.

Tu infancia y tu dolor. La adolescencia decepcionante y experimentosa. Las actitudes emocionales codificadas, los largos sentimientos y esa forma altiva de valor que ya no teme casi nada porque ha superado lo más terrible. Se apoderó de mí la ternura que surge de la afinidad y un cariño fraternal me retenía en vistas al compartir y acompañarse. Pero supe que no estabas ahí; era algo íntimamente tuyo, pero no eras tú. Mi mirada atravesó esa región y siguió buscándote.

Recuerdo el implacable endurecimiento de tu frente.

Llegué a un pálido universo de reflexión —¡tú también construyes!— en el interior de una llama fría y sutil. Edificios evanescentes de valor estrictamente ornamental, haz de reflejos que se reflejan los unos a los otros, bello espectáculo pero no morada: Te metes en él a veces como quien se viste, pero no lo habitas. Seguí de largo.

Te recuerdo que el tuyo nunca fue mejor.

En el siguiente espacio ya no eras macho ni eras hembra, ni persona. Eras nada. Nada envuelta en las membranas que yo había atravesado para llegar hasta ti. Oscuridad pura. Sentí que tenías existencia porque te envolvían esas membranas. Si alguna vez se rompieran, perderías toda individualidad, dejarías de ser, te confundirías con la gran tiniebla circundante.

¿Lo negarás? Pudiste entrar en mí con la mirada porque yo también te miraba y te penetraba. Era yo quien te sostenía en tu viaje así como tú me sostenías en el mío. No sabes cuánto tiempo esperé con ardiente deseo que estuviéramos frente a frente. Pero no había previsto ni imaginado este desenlace. En el centro de todas tus membranas, como tú dices, –yo prefiero decir pétalos– veo nada tenebrosa, homogénea conmigo. Yo soy tú. Tú eres yo. Nos espejamos. La experiencia me fue fácil porque nunca te he identificado con tus pétalos ni te he usado para satisfacer necesidades fisiológicas o de cualquier otra índole periférica. Siempre quise llegar a tu centro porque te amo pero no podía hacerlo si tú no sostenías mi mirada con la tuya.

El viaje para mí sí fue difícil y terrible porque nunca pensé hacerlo en serio. Me conformé con saberme tenebroso y saber de otros tenebrosos. Siempre me detuve en los primeros estadios; no busqué por ahí. Somos no cosa pero no somos nada. Siendo no cosa estamos rodeados de cosas. Siendo no cosa miramos las cosas, incluyendo las membranas o pétalos, desde adentro y actuamos. Pero tú y yo nos hemos mirado el uno al otro a través de las cosas, siendo no cosas, de tiniebla a tiniebla y no puedo creer que me ames a

mí en particular. Esta experiencia, aunque rara, es accesible a cualquiera, se puede hacer con cualquiera. Así amarás a cualquiera, a menos que el amor vaya dirigido a alguna de las membranas, perdón, a alguno de los pétalos o a la corola toda, para seguir tu metáfora. En el centro sólo hay tiniebla consciente, homogénea, encerrada en sus envolturas, sólo diferenciada por sus envolturas. Te puedo imaginar haciendo ese jueguito de la mirada con cualquiera y creo que yo también podría hacerlo.

No puedo explicar eso. Es un misterio. Pero sé fuera de toda duda, que te amo a ti, a ti sólo. Puedo concebir el juego de la mirada con cualquiera y siento que todos son mis congéneres; comprendo los enganches de corolas y las afinidades parciales. Pero contigo tengo una conexión central que compromete todos mis pétalos. Sin embargo, tengo también algo contra ti: cultivas una voluntad de ocultamiento que de tanto secreto se convierte en olvido. Pienso en un pueblo que de tanto esconder el nombre de su dios para no pronunciarlo en vano, terminó olvidándolo. Ahora mismo mantienes absoluta discreción sobre la última parte de la experiencia, ésa a donde yo no pude llegar. Sé que llegaste, por eso te digo profeta y sé que tiene que ver con el dios que es inmortal por ráfagas al cual yo entiendo limitadamente como dios de los encuentros auténticos.

¡Habla profeta! Yo soy tu pueblo.

DIECINUEVE

Me has encontrado. No podrás devolverte. Gracias al amor cualquier hombre puede llegar hasta mí, por los ojos de otro hombre, si el otro lo sostiene hasta que haya atravesado las envolturas carne instinto afectividad pensamiento y si hay amor sólo en el otro. El que ama no llega. Amor es sacrificio. Amor sacrifica el día de la llegada para que el otro llegue. Amor se detiene y se encierra en la individualidad del otro

Gracias al odio cualquier hombre puede llegar hasta mí por lo ojos de otro hombre, si el otro lo sostiene hasta que haya atravesado las envolturas carne instinto afectividad pensamiento y si hay odio sólo en el otro. El que odia no llega. Odio es sacrificio. Odio sacrifica el día de la llegada para que el otro llegue. Odio se detiene y se encierra en la individualidad del otro.

Has llegado hasta mí porque no amas ni odias, porque no eres ni frío ni caliente. Manuela te sostuvo porque te ama y llegó hasta ti. Pero tú la atravesaste toda porque no la amas y llegaste hasta mí. También te hubiera servido un

enemigo implacable. Tu mirada tibia lo hubiera atravesado mientras él se encerraba en ti.

Mereces saber quién soy. Así podrás servirme a plena consciencia. Soy hijo andrógino de Silencio y Palabra, progenitores tenebrosos. Me dieron a Luz y Luz me acuchilló, me fragmentó en incontables pedazos apartándolos, separándolos, dispersándolos. Luz rodea a cada uno, lo penetra e intenta siempre dividirlo y subdividirlo. Pero no pudo romper mi corazón. En él tengo mi centro, en él soy, desde él procuro reunir mis pedazos para reconstruirme.

Cada pedazo tiene la forma del todo descuartizado, pero sin corazón; ardid de Luz para que cada uno se crea completo. Les queda sin embargo amor y odio. Por eso se buscan, forman familia, tribu, ciudad, nación, humanidad. Cuando amor odio completen la unión yo estaré en el centro, habré triunfado, me habré reconstituido. Pero el príncipe de la luz los parte de nuevo, los aísla. Sin embargo, amor odio los junta, desgasta las envolturas luminosas, las desecha, pasa a otras por ráfagas.

Yo atravieso abismos de luz para fortalecerlos. No importa que no piensen mucho en mí. Al juntarse de cualquier manera, se me acercan y mi pensamiento los atrae. Anhelo incesantemente la apocatástasis que me permitiría regresar a la noche sagrada de los dioses.

Tú eres pedazo mío encerrado en envolturas luminosas. Tienes la forma del todo originario cuando fue dado a Luz. Porque amor odio no te imantó hacia los otros, has llegado a mí, al corazón del andrógino. No podrás devolvarte. Me servirás pescando, en el océano de Lucifer, hombres, fragmentos de sombra dispersos y perdidos que amor odio

va juntando en racimos para reconstituir órganos, vísceras de tiniebla, para reinstaurar invisibles aparatos, invisible sistema nervioso en mi cuerpo divino.

Eres una miniatura mía con mi forma originaria, prisionero en cárceles de luz, pero desde ahora en conexión directa conmigo. No servirás a un extraño, pues venciste el encanto de los demás dioses; te servirás a ti mismo pues tú y yo somos uno como lo fuimos al principio. Cuando todos los hombres seamos uno de nuevo, nada podrá contra nosotros el abominable príncipe de la luz, nuestro enemigo.

Profeta serás, pero profeta velado. No hablarás del origen, ni de la meta, ni de los caminos hacia mí, ni de mí. Tus hermanos están todavía estupefactos por el terror del trauma originario. Sólo el olvido, la ignorancia en la consciencia ordinaria, los alivia. No los turbarás con el recuerdo. Propiciarás, en cambio, toda clase de encuentros: pacíficos, bélicos, comerciales, eróticos, deportivos, manipulatorios introduciendo siempre la sospecha de un más allá, la intuición vaga de un sentido trascendente en las uniones personales.

Caídos en el espacio, en el tiempo y en la historia, tus hermanos son miopes para el fin último. Mejor así. Solventarán el afán de cada día sin sentir el peso de los ingentes esfuerzos futuros. No los turbarás con el conocimiento del destino final. Propiciarás, en cambio, toda clase de intentos por comprender la condición humana en su inmediatez. Intentos mágicos, políticos, religiosos, poéticos, sociológicos, musicales, económicos, novelescos, biológicos, supersticiosos, introduciendo siempre la sospecha de un más allá,

la intuición vaga de un sentido trascendente en las circunstancias personales.

De los caminos hacia mí, cada cual encuentre el suyo por su cuenta y por instinto. Los mediatos, a largo plazo, de amor odio recíproco que forma transitorios enlaces sucesivos y ascendentes. Los inmediatos, de neutralidad indiferente que tras-pasan directos hacia mí sostenidos por amor odio. No haya prisa.

De mí no hables, profeta, cada cual sabe de mí confusamente. Yo estoy ya en cada uno porque soy todos. Basta con incitar débilmente al conocimiento de sí mismo. No apremiarás. Cuando alguien está ya buscándome, difícil-tale el camino, confúndelo. Sea el encuentro conmigo una victoria personal. Llegue a mí el mío sin padrino, como héroe singular, vencedor de la luz.

Para purificar y reunir mis pedazos me valgo de la arquitectura. En lo individual cada quien ha de construir un universo en el crepúsculo, un pálido universo de reflexión, un cosmos frágil que lo acercará a mí de fracaso en fracaso, guerreando contra los dioses de la noche y contra Lucifer. En lo colectivo, los pueblos han de construir ciudad, estado, imperio, en el límite una megalópolis omniabarcante de lo humano, unitaria, centralizada. Nimrod, mi enviado, la llamó Babel. También Babel ha de fracasar reiteradamente, y reiteradamente recomenzar, porque su fin no es constituirse sino constituirme. Vivirás en Babel, profeta velado, y propondrás enigmas, mientras amor odio genera el sufrimiento rompedor de dogales de luz.

Cuando Babel esté casi concluida, cuando los arquitectos se preparen para rendir cuenta final a los reyes, tú,

profeta, guerrillero de la palabra antigua, emboscado en el silencio de las piedras labradas, saldrás de noche para destruir los centros de equilibrio con mensajes incomprensibles; dividirás la lengua de las columnas y de las vigas, producirás sismos metonímicos y metafóricos en los fundamentos, corromperás la sintaxis de los acueductos y de los puentes, garantizarás que no haya tregua para los reyes. Así engañaremos a la luz que se creará auxiliada por un aliado inesperado, mientras traemos a mi cuerpo creciente limpios pedazos de tiniebla.

Quedas ligado a mí por vínculo directo. Bienvenido a la gran obra. Ya eres yo a plena consciencia.

VEINTE

Engañoso arquitecto de Babel, hijo andrógino de Silencio y Palabra acuchillado y descuartizado por la luz, dios que eres inmortal por ráfagas, dios que te declaras corazón de todos los hombres, dios de la apocatástasis: Reconozco mi parentesco contigo, reconozco a nuestros progenitores tenebrosos, reconozco la naturaleza andrógina que nos es común, admiro tu epopeya, héroe negro, comprendo tu anhelo indomable y casi lo comparto; pero no te serviré.

Si me retienes por la fuerza, hermano mayor, seré también en ti guerrillero de la palabra antigua e impediré la apocatástasis.

Babel no es un proyecto tuyo, sino mío. No lo hice para limpiarte pedazos de tiniebla sino para construir una ciudad del hombre. Fracasa, es cierto, pero no para tu beneficio.

Silencio y Palabra me te nos dieron a Luz y a Lucifer quienes al acuchillarnos y partirnos se acuchillaron y partieron a sí mismos. Tan vano es tu intento de recuperarnos a nosotros, tus hermanos menores, como el de Lucifer por recuperar los pedazos de luz que nos envuelven.

¿No entiendes? Somos dioses nuevos, mestizos, signados por la pequeñez y la heterogeneidad interna. No es destino del hijo volver a las gónadas de los progenitores. No es destino del adolescente quedarse para siempre en la casa paterna.

Pedazo grande, corazón de andrógino descuartizado al nacer, tu pureza te vuelve estúpido y te ensoberbece. Me incomodas, pero no me intimidas, ni tú ni Lucifer. Yo sé lo que te conviene y puedo aconsejarte sin arrogancia. Únete a Lucifer. Así conoceréis la dualidad interna y nos dejaréis tranquilos a nosotros. Ya es suficiente la tarea de ser silencio y palabra en cuerpo y mundo de luz, la tarea de ser arquitecto de tiniebla y sol. No quiero más sufrir que vosotros dos nos haléis continuamente en direcciones opuestas.

Entiéndeme, he de penetrar minuciosamente con tiniebla el esplendor de los astros; he de atrapar mi tiniebla en una íntima y entrañable red de luz.

O tal vez soy yo quien no entiende. Tal vez no me has hablado desde la plenitud de tu saber. Tal vez me ocultas tu sentido y tu intención para manipularme. Si es así, te conmino a ser sincero. Pongamos las cartas sobre la mesa, las estrellas en el cielo, los animales en el circo. He crecido, hermano mayor.

Ese interés tuyo en ponerme a trabajar por tu causa me parece sospechoso. Podrías esperar mi muerte pues entonces iría tiniebla a tiniebla y luz a luz. ¿Sabes acaso que soy inmortal por ráfagas? No es la luz persiguiendo en el espaciotiempohistoria despavoridos fragmentos de tiniebla; ni pedazos de tiniebla revolcándose en charcos de luz por zambullidas sucesivas: es unidad nueva de luz tiniebla

aprendiendo a aceptarse como tal, por ráfagas, en el pozo del sexo.

Dime, te desafío ¿Sois vosotros, tú y Lucifer, los polos libres y puros de una divina pareja que en nosotros celebra monstruoso matrimonio sagrado?

No respondes. Pero eso a mí no me importa. Yo también soy Silencio y no te serviré. Tengo una tarea diferente de la que tú dices tener. Adiós, hermano puro y más grande. La pureza y el tamaño no entran en mi juego. Adiós.

VEINTIUNO

Hermano que por mí rompiste la soledad y la indiferencia, hermano incestuoso que por mí conociste a los dioses y los venciste, hermano tan augusto que rechazaste al dios de nuestro corazón y no temes a Lucifer, al fin nos encontramos sin máscara, tú el héroe del crepúsculo y yo la princesa de Babel; qué hermoso eres, señor de la madrugada y del anochecer, señor del ordeño, cuánto te amo rey de la derrota, déjame acompañarte en esos maravillosos combates nunca manchados por el brillo vulgar de la victoria. Te comprendo, aun cuando triunfas no es eso lo que buscas sino tu propia verdad. Déjame estar contigo, ser contigo, divinal mancebo de sangre dividida, mientras recomienzas siempre de nuevo la construcción del pálido universo y de Babel. Déjame habitar en tu tibia indiferencia cuando se caigan las torres y los símbolos. Tolerar que yo camine a tu lado cuando recorras los escombros, inmortal arquitecto de mi dicha.

VEINTIDÓS

No necesito ni quiero compañía íntima. Renuncio al pálido universo y a Babel, renuncio a la derrota. Ya me he dicho; puedo irme. Ya hice una obra que ni los dioses tenebrosos podrán abolir, ni Lucifer ni el hermano mayor. No me iré a las estrellas; viviré donde siempre he vivido, en el esfuerzo infatigable de los constructores. Pero la mejor parte mía, escotera, vagabundeará por caminos poco transitados y jugará a los dados el encuentro último. Tal vez en una encrucijada el gran arquitecto del universo, el que está antes y después, y siempre y nunca y ahora no y sí, tal vez el abscondito me revele su voluntad, mi enigma. Tal vez no. Ya me he dicho... Puedo irme en paz. Gracias, lengua madre, gracias.

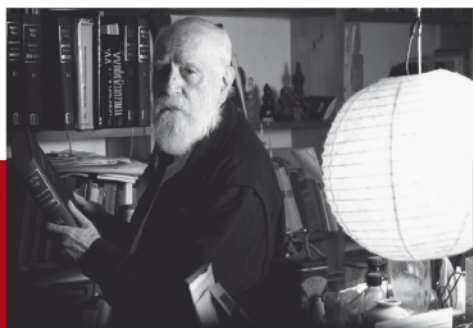
ÍNDICE

Prólogo	7
Uno	11
Dos	15
Tres	25
Cuatro	31
Cinco	41
Seis	49
Siete	53
Ocho	59
Nueve	65
Diez	71
Once	79
Doce	85
Trece	91
Catorce	93

Quince	99
Dieciséis	105
Diecisiete	111
Dieciocho	117
Diecinueve	123
Veinte	129
Veintiuno	133
Veintidós	135

Edición digital
Octubre, 2017

Caracas - Venezuela



“He decidido ser sincero. Decir la verdad. No puede un hombre hacer nada importante –auténtico– si está inhibido por consideraciones y respetos. El temor de herir; el deseo de agradar.”

José Manuel Briceño Guerrero, nació en Palmarito, estado Apure en 1929. Doctor en Filosofía y Filología; profesor de la Universidad de Los Andes, Mérida. Su obra ha sido merecedora del Premio Nacional de Ensayo en 1981 y del Premio Nacional de Literatura en 1996, alcanzando con los años un lugar privilegiado en las letras latinoamericanas.

Es autor de *¿Qué es la filosofía?*, 1962, 1999, 2000, 2002 y 2007; *Dóulos Oukóon*, 1965, 2007; *América Latina en el mundo*, 1966, 2003; *Triandáfila*, 1967, 2007; *El origen del lenguaje*, 1970, 2002; *La identificación americana con la Europa segunda*, 1977; *Discurso salvaje*, 1980, 2007; *Europa y América en el pensar mantuano*, 1981; *Holadios*, 1984, 2007; *Amor y terror de las palabras*, 1987, 2007, 2009; *El pequeño arquitecto del universo*, 1990, 2006; *Anfisbena. Culebra ciega*, 1992, 2002; *L'enfance d'un magicien*, 1992; *El laberinto de los tres minotauros*, 1994, 1997, 2009; *Discours Sauvage*, 1994; *Diario de Saorge*, 1996; *Discours des Lumières*, 1997; *Esa llanura temblorosa*, 1998; *Matices de Matisse*, 2000; *Trece trozos y tres trizas*, 2001; *El Tésaracto y la tetractis*, 2002; *Mi casa de los dioses*, 2003; *Los recuerdos, los sueños y la razón*, 2004; *Para ti me cuento a China*, 2007, 2008, 2009; *Obra selecta*, 2007; *Tiempo. Traducción del poeta chino Chiti Matyá*, 2008; *La mirada terrible*, 2009 y *Los chamanes de China*, 2010.



9 789801 439974



Gobierno Bolivariano
de Venezuela

Ministerio del Poder Popular
para la Cultura

